

IV Certamen Nacional de Relatos

En mi verso soy libre

Relatos 2011

Coordinadores: José Emilio Linares Garriga
Raquel Pulido Gómez



www.educarm.es/publicaciones

Raquel Pulido Gómez es maestra y escritora. Ha publicado obras de narrativa, teatro y poesía. Ha obtenido premios y menciones en diferentes certámenes literarios a nivel nacional e internacional (primer premio en el II Certamen Nacional de Relatos "Zenobia", primer premio en el Concurso de Textos Teatrales "Luis Barahona de Soto", Mención Especial en el II Certamen Internacional de Poesía "Jirones de Azul", finalista en el XXV Certamen Internacional de Relatos "Ciudad de Zaragoza", entre otros). Como docente, ha realizado proyectos de animación a la escritura en todos los centros educativos donde ha trabajado. En la actualidad, forma parte del Comité Organizador del Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre".

José Emilio Linares Garriga es maestro y pedagogo, dedicando su labor docente desde su inicio a alumnado en situaciones que han requerido actuaciones específicas, como es el caso del alumnado de Aulas Hospitalarias. Promotor y director de diferentes proyectos de innovación que contribuyen a la respuesta educativa de alumnado con necesidades educativas específicas. Ha desempeñado diferentes puestos profesionales relacionados con la educación en sus diferentes ámbitos: la docencia y la organización. Actualmente es Asesor Técnico docente del Servicio de Atención a la Diversidad, desde donde se coordinan las actuaciones de la atención educativa al alumnado enfermo, de entre ellas el Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre".

- Breve recorrido histórico de la Formación Profesional en la ciudad de Lorca: la Escuela Elemental de Trabajo y Formación Profesional / Nuria García Escudero, Javier Sancosmed López, José Andrés García Duarte
- Estadística, indicadores y evaluación de programas educativos. Edición 2010 [CD-ROM] / M^a Begoña Iniesta Moreno (coord.)
- Oferta educativa 2010/2011 [CD-ROM] / M^a José García García (coord.)
- Mercado laboral y competencias asociadas: IX Congreso Internacional Educación Física e Interculturalidad [CD-ROM] / Arturo Díaz Suárez, Alfonso Martínez-Moreno y Vicente Morales Baños (coords.)
- El niño que llegó a ser un gran pintor: Ramón Gaya / M^a Teresa Carretero García, Álvaro Peña Sáez, M^a Belén Sánchez Luengo
- La magia de las palabras: narraciones desde el aula para trabajar y disfrutar / Ginés Lozano Jaén; Enrique Juana Andújar (il.)
- Tres personajes en la poesía y la mística: Ibn Arabí, Carmen Conde, Vicente Medina / Alfonso Carmona, José Luis Ferris, Manuel Medina Tornero; Ángel Mas (coord.)
- El Gabinete de Física del Instituto de Lorca (1864-1883): guía didáctica / M^a Ángeles Delgado Martínez, José Damián López Martínez, Vicente Martínez Marín y M^a Isabel Romera Vivancos
- La participación familiar en los planes de convivencia escolar: estudio en los centros públicos de Educación Primaria y Secundaria de la Región de Murcia [CD-ROM]. (Materiales de innovación para el profesorado; 32)
- La participación familiar en los planes de convivencia escolar: estudio en los centros públicos de Educación Primaria y Secundaria de la Región de Murcia [CD-ROM]. (Materiales de innovación para el profesorado; 33)
- Puentes para la comunicación interpersonal: los sistemas aumentativos de comunicación en la escuela / María Isabel Gómez Portillo y Manuel Gómez Villa (coords.)
- Mercado laboral y competencias asociadas [CD-ROM] / IX Congreso Internacional Educación Física e Interculturalidad
- 25 años de integración escolar en España: tecnología e inclusión en el ámbito educativo, laboral y comunitario / Pilar Arnaiz, M^a Dolores Hurtado y Francisco Javier Soto (coords.)
- A.I.C.L.E. [CD-ROM]: enfoque didáctico-práctico: physical education, history and geography, science, maths (Materiales de innovación para el profesorado; 29)
- Acoso escolar: apuntes para mejorar las relaciones en los centros / Observatorio para la Convivencia Escolar en la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia
- 4ª Edición de Premios a la Elaboración de Materiales Curriculares sobre la Identidad en la Región de Murcia [CD-ROM]
- Cultura hídrica: Blanca y su entorno: materiales de apoyo para la docencia / Grupo de trabajo "Valle de Segura"
- Vidas que cuentan: literatura en familia para educación secundaria / Ignacio Salvador Ayestarán e Ignacio García García (coords.)
- 25 años de educación de adultos en la Región de Murcia / Centros Comarcales de Educación de Adultos de la Región de Murcia; Cristina Huete García (coord.)

IV CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2011

IV CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2011

Coordinadores:

Raquel Pulido Gómez

José Emilio Linares Garriga



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo

Promueve:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Dirección General de Promoción, Ordenación e Innovación Educativa

Edita:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística

www.educarm.es/publicaciones

Con la colaboración de la Fundación Antena 3

- © De los textos:
Los autores.
- © De las ilustraciones:
De la cubierta: Pedro Cano; del interior: los autores.
- © Del CD:
Grabación, edición y música original de cabecera: Jesús López Mondéjar

Voces de narración: Luisa Aguayo Giménez, Manuel Alcaraz Quiñonero, Maite Aroca Montoro, Pilar Carrasco Lluch, Aurora Gil Bohórquez, José Emilio Linares Garriga, Concepción Martínez Miralles, David Miñarro Motos, Roberto Pujol Sáez, Raquel Pulido Gómez, José Carlos Vicente López

Creative Commons License Deed



La obra está bajo una licencia Creative Commons License Deed.
Reconocimiento-No comercial 3.0. España.

Se permite la libertad de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las condiciones de reconocimiento de autores, no usándola con fines comerciales. Al reutilizarla o distribuirla han de quedar bien claros los términos de esta licencia.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

1ª Edición, Abril 2011

ISBN: 978-84-694-2727-9

Depósito Legal: MU-512-2011

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: FG Graf, S.L.

fggraf@gmail.com

Índice

Prólogo 11

CATEGORÍA A

Superfaco y el transfoculturas 3000 del científico Narizseca 19
Leopoldo Orellana Muñoz. Ilustración: Javier Serrano

Un sol para todos 25
Jose Reyes Pérez. Ilustración: Carmen Osete Henarejos

El viaje de las cinco chicas 29
Virginia Briega Cerrón. Ilustración: Joaquina López Alarcón

El niño y su pingüino 33
José Ángel García Rosique. Ilustración: David Miñarro

Ingresada en el hospital 37
Nisrin Chalouka. Ilustración: Carlos Arellano Ferrer

Un Niño Raro 41
Sara Sosa Guedes. Ilustración: Belen Allepuz Ros

El gran tesoro del Machu Picchu 45
Minerva Redondo Herrero. Ilustración: Miguel Ángel García Córdoba

La niña de los cables de quita y pon 51
Thalia Cifuentes Puerto. Ilustración: Raquel Rosique López

CATEGORÍA B

La promesa 59
Alba Filgueira Mosquera. Ilustración: Laura Cerdán Sandoval

Diego en China 67
Brais Gómez Alonso. Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán

Atakwin 71
Triana Rubio Salguero. Ilustración: Teresa Navarro Navarro

Amor en las pirámides	77
Elena del Carmen Pinilla Román. Ilustración: Mónica Meoro Avilés	
Un verano diferente	83
Carolina Lizbeth Espinoza. Ilustración: Eva Belén Barranco García	
Con mi cuento soy feliz	89
Brenda Rodríguez Ramírez. Ilustración: Nanen García-Contreras	
Chamán	93
Nuria Bermejo Sáez. Ilustración: Álvaro Peña	
CATEGORÍA C	
Momentos	101
Alba Baro Vaquero. Ilustración: Elena Sánchez Solís	
Las huellas del pasado	115
Serena Otero Luque. Ilustración: Juan Pedro Esteban Nicolás	
Libre.....	127
Daniel Tornero Yepes. Ilustración: Juan Fran Martínez Martínez	
Salvada en el Salvador.....	135
Ana Belén Abellán Bleda. Ilustración: Francisco Riquelme Mellado	
En cualquier lugar y tiempo.....	139
Azucena Castaño Sánchez. Ilustración: M ^a José Muñoz Revuelta	
Ho Hi Tao y su yak	149
Jose Luis Ramos Pinilla. Ilustración: David Galián Martínez	

Prólogo

Me complace presentar el libro de relatos que recoge los cuentos ganadores y finalistas Del IV Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”, dirigido a alumnado de Aulas Hospitalarias y del Servicio de Apoyo Domiciliario de nuestro país, y organizado por la Consejería de Educación, Formación y Empleo a través de la Dirección General de Promoción, Ordenación e Innovación Educativa.

El libro que tienes en tus manos es el fruto de un proyecto de animación a la lectoescritura dirigido a alumnos españoles que sufren una situación de enfermedad. Cada curso escolar, los maestros de Aulas Hospitalarias y Apoyo Educativo Domiciliario de las distintas Comunidades Autónomas de nuestro país ponen en marcha un conjunto de actividades en las que los alumnos investigan y exploran un tema concreto, centro de interés para la posterior creación literaria. A su vez, se ofrece a los niños y adolescentes obras de escritores de narrativa infantil y juvenil en las que dicho tema es desarrollado, porque para ser un buen escritor, primero hay que ser un gran lector.

La participación en el Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre” supone la realización de una actividad conjunta

por parte de todo el alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias del territorio nacional, creando un medio de comunicación entre niños y maestros de centros muy alejados geográficamente.

El tema seleccionado en esta edición ha sido las culturas del mundo. Grandes obras narrativas de todos los tiempos han estado inspiradas en las manifestaciones culturales de distintos países y civilizaciones (algunas extintas, como las del Antiguo Egipto, Roma o Grecia). Así, todos recordamos *Las mil y una noches*, *El libro de la selva*, *Sinuhé el egipcio*, y tantas otras obras que nos transportan a lugares exóticos y lejanos. El tema de la diversidad cultural también ha sido ampliamente desarrollado por escritores de literatura infantil y juvenil de nuestro país, puesto que los libros son un poderoso medio para favorecer la convivencia y la multiculturalidad.

La presente edición está compuesta por veintiún relatos escritos por niños y adolescentes entre seis y diecisiete años. El jurado de la presente edición, compuesto por expertos en literatura infantil, profesores de Aulas Hospitalarias y representantes de la Consejería de Educación, Formación y Empleo de la Región de Murcia, ha tenido que evaluar atentamente los ciento veinticuatro cuentos presentados a concurso desde diferentes puntos del país.

Este libro no sería lo mismo sin las maravillosas imágenes que nos trasladan a mágicos lugares, realizadas de forma altruista por profesionales del dibujo y la ilustración. A su vez, el volumen incluye un audiolibro que, permite acceder a los cuentos a niños que, por diversas patologías, ven mermada su capacidad lectora.

En mi verso soy libre. Relatos 2011 ha sido escrito por niños y niñas y, a su vez, será leído por muchos otros niños y niñas de distintos centros educativos (tanto Aulas Hospitalarias como Colegios de Primaria e Institutos de Educación Secundaria). Además de disfrutar de un maravilloso libro de lectura, a través de estas historias muchos alumnos perderán el miedo a la enfermedad, la cual se muestra a través de estas páginas como algo presente en nuestras vidas, como un periodo de tiempo que ha de afrontarse con valentía y que, afortunadamente hoy día, con la existencia de profesorado de Aulas Hospitalarias y Atención Educativa Domiciliaria, no supone un estancamiento en su quehacer diario.

El libro que os presento emociona a niños y mayores. El peculiar estilo de los más pequeños: fresco, divertido, espontáneo... atrapa la atención del lector desde el primer momento. Y a su vez, las narraciones de los alumnos más mayores, nos enganchan por su buena estructura, la perfeccionada construcción de los personajes y los desenlaces de tramas muy bien elaboradas.

Deseo disfrutéis con su lectura tanto como yo.

Carlos Romero Gallego

Director General de Promoción, Ordenación e Innovación Educativa

En Murcia, a 1 de marzo de 2011, se hace pública la composición del jurado del IV Certamen Literario ‘En mi verso soy libre’.

Presidenta: Dña. Raquel Pulido Gómez
Secretaria: Dña. Ana M. Ferrer Mendoza
Vocales: Dña Pilar Carrasco Lluch
Dña. Concepción Martínez Miralles
Dña. Rocío Lineros Quintero
Dña. Marisa López Soria
Dña. Aurora Gil Bohórquez

En la presente edición se han recibido relatos: 40 de la Modalidad C, 50 de la Modalidad B, 34 de la Modalidad A, procedentes de las Comunidades Autónomas de Asturias, Andalucía Cantabria, Canarias, Cataluña, Castilla-León, Castilla La Mancha Galicia, Madrid, Murcia, País Vasco y Valencia. Los miembros del Jurado, una vez leídos los relatos, deciden por unanimidad otorgar los siguientes premios:

Premio Categoría A:

Al relato “Superfaco y el transfoculturas 2000 del científico Narizseca” de Leopoldo Orellana Muñoz, alumno del Aula Hospitalaria del H.U. Virgen de la Arrixaca. Murcia

Premio Categoría B:

Al relato “La Promesa” de Alba Filgueira Mosquera, alumna del SAED de la Región de Murcia.

Premio Categoría C:

Al relato “Momentos” de Alba Baro Vaquero, alumna del Aula Hospitalaria del Hospital Clínico Universitario de Valladolid.

A su vez, deciden seleccionar dieciocho relatos que serán publicados, junto con los tres ganadores, en el libro “Relatos 2011”.

Los cuentos de la presente edición versan sobre las culturas del mundo. En su trabajo de lectura y análisis de los textos, el jurado ha observado que este tema ha motivado a los chicos y chicas más mayores a documentarse en profundidad antes de iniciar el trabajo de creación propiamente dicho. Muchos de los cuentos nos trasladan a escenarios de lejanos países y antiguas civilizaciones. Son relatos que nos invitan a reflexionar sobre la importancia de la convivencia entre diferentes pueblos. Muchas historias comienzan presentando a personajes con prejuicios sobre otras culturas, personajes que en el desarrollo de la trama van despojándose de los clichés y estereotipos construidos por el desconocimiento o el miedo a lo desconocido.

Otros cuentos presentan el entorno hospitalario como un contexto donde los niños tienen la oportunidad de convivir con otros niños y niñas de diferentes culturas, con el enriquecimiento que eso les supone. A su vez, en algunos de los relatos queda reflejado cómo la hospitalización es un periodo propicio para la reflexión acerca de la propia identidad: quiénes somos y quiénes otros podríamos haber sido, seres de distintas razas, creencias y costumbres.

CATEGORÍA A

(de 6 a 9 años)

GANADOR CATEGORÍA A

Superfaco y el transfoculturas 2000 del científico Narizseca

Leopoldo Orellana Muñoz

Aula Hospitalaria del H. Virgen de la Arrixaca (Murcia)

Había una vez, en una ciudad llamada Ramaseca, un científico llamado Narizseca, que había inventado una máquina llamada *Transformador 3000*. Ese maravilloso invento lo iba mostrando en los diferentes lugares de un país llamado Ecuador, en Sudamérica.

Narizseca puso en marcha su plan. Primero se fue a Quito, la capital, con un clima muy frío, donde hay un monumento a la mitad del mundo. Se puso justo frente al monumento y la gente, que quería tomarse una foto con la mitad del mundo, lo botaban y se reían de él. Se fue a un pueblo llamado El Pan, pero justo llegó en las fiestas del pueblo, donde se festeja con un castillo de luces y juegos pirotécnicos al Señor Jesús del Pan, y nadie lo escuchó. Con un petardo, se le quemó el pantalón y todos se rieron de él. Más tarde se fue a Guaranda, pero llegó justo a las fiestas de las flores y las frutas, donde la gente desfila por la ciudad con carros adornados y niños y adultos disfrazados. Por eso, nadie lo escuchaba y pensaban que era un actor del desfile, que estaba mal disfrazado, y se reían de él. Después se fue caminando, derrotado, y en aquel momento el viento le trajo un periódico que

decía: "Escuela Primaria Pincheto Buitre de Guayaquil necesita profesor de experimentos". Guayaquil, es una ciudad muy linda. Allí viven personas muy trabajadoras y llegan muchos barcos al río Guayas. En uno de esos barcos se subió Narizseca y se fue a la Escuela Primaria Pincheto Buitre, pensando que los niños no se reirían de su invento. Pero apenas llegó, dijo:

-Hola niños, soy el nuevo profesor de experimentos y me llamo Narizseca. Aquí traigo mi transformador 3000.

Entonces los niños se comenzaron a reír y Narizseca dijo:

-¡Calma, sé que es gracioso pero no para tanto!

Un mes más tarde seguían riendo y entonces el profesor dijo:

-¡Paren yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Y no paraban, así que a medianoche el doctor Narizseca estaba construyendo un invento que cambiaría las cosas de un lugar a otro y lo llamó el Transfoculturas 2000.

Al siguiente día todos los alumnos esperaban al profesor de experimentos. Cuando llegó, entró y dijo:

-Arrodíllense ante mí o su ciudad Guayaquil dejará de tener un río y pasará a tener muchos montes. Quito dejará de estar en la mitad del mundo y pasará a ser una selva, y Galápagos dejará de tener animales y pasará a ser un desierto. Y yo gobernaré en Ecuador... ¡jua, jua, jua!

Un niño llamado Peponcio Plantaguada dijo gritando:

-¡El malvado doctor Narizseca va a cambiar Ecuador, a congelar al director y a las pizzas!

Y los niños gritaron juntos:

-¡Que alguien esconda las pizzas!

Esto es un trabajo para Superfaco, tigre valiente, amigo fiel de Peponcio Plantaguada y luchador de grandes batallas.

Entonces escucharon "¡cataplum!" y Superfaco preguntó:

-¿Qué problema tienen?

Y los niños dijeron:

-El doctor Narizseca quiere cambiar nuestra cultura!

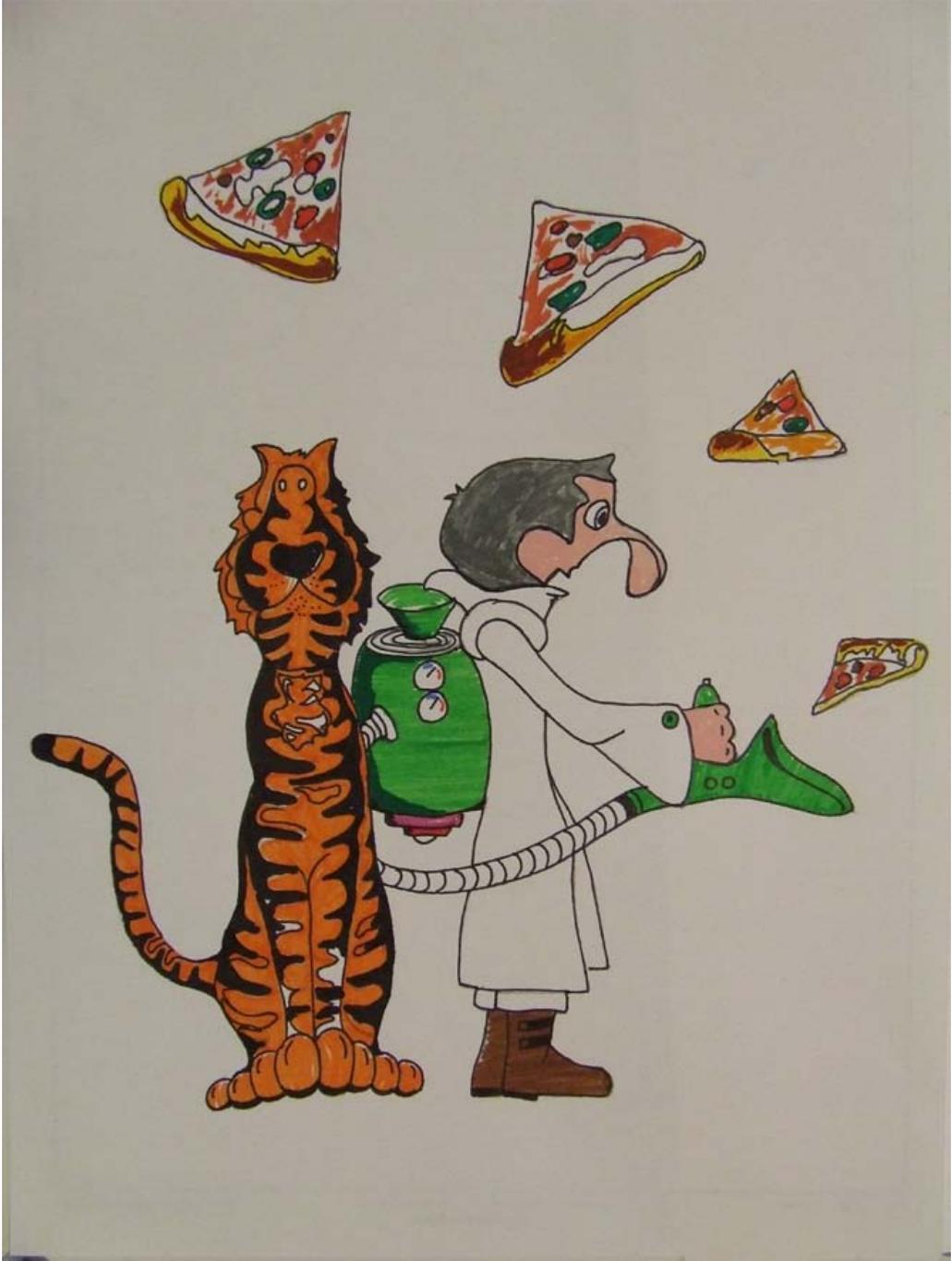
Fue entonces cuando Superfaco salió volando por la ventana y dijo:

-¡Alto ahí en nombre de las lágrimas de los tigres cobardes!

El doctor Narizseca comenzó a perseguir a Superfaco para convertirlo en un pedazo de mostaza picante, pero Superfaco era un tigre más veloz que un caracol y más fuerte que una hoja en el viento, así que comenzó una batalla no apta para cardíacos. Si no se han visto gremlins no podrían haberla presenciado.

-¡A luchar en el nombre de los tigres cobardes!

Y Superfaco ahogó el Transfoculturas 2000 en el río Guayas y los montes se quedaron en Quito, el río en Guayaquil y los animales en Galápagos y todos comieron pizza y vivieron felices para siempre.

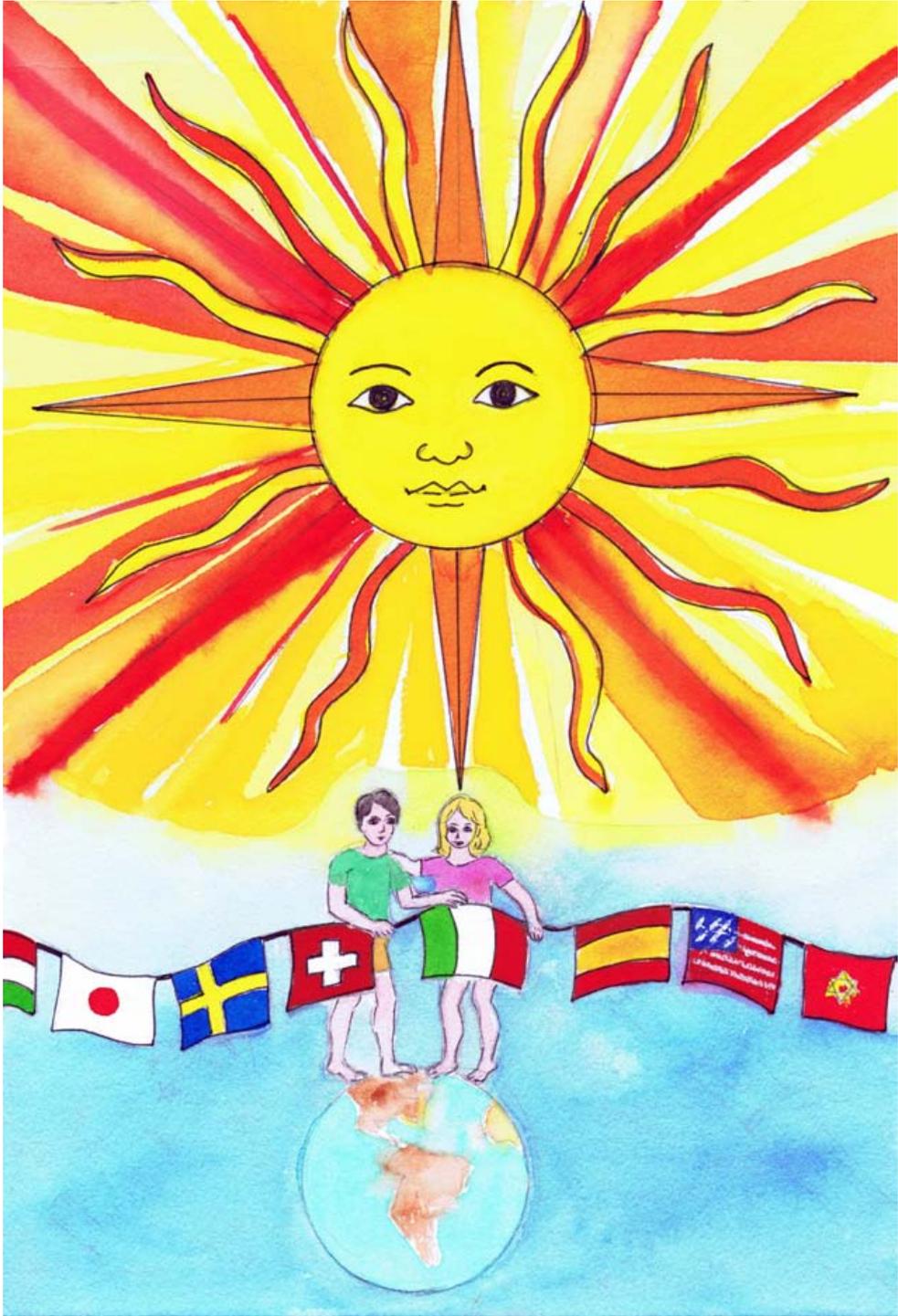


Un sol para todos

José Reyes Pérez

Aula Hospitalaria del H. Puerta del Mar (Cádiz)

Hoy, como cada mañana, ha salido un nuevo sol para todo el mundo. Jaime, que es español, se levanta como cada día para ir al colegio. Sisuca, que es japonesa, ha madrugado para ir a la escuela. Christine es americana y aún sigue durmiendo hasta que suene el despertador. Mohamed, antes de ir a la escuela, reza a Alá. Estéfano, el italiano, ayuda a su padre en una tienda. Hoy el sol, como siempre le ha regalado un rayito de luz a cada niño de todo el mundo, deseándole todo lo mejor.



El viaje de las cinco chicas

Virginia Briega Cerrón

Aula Hospitalaria del H. Clínico Universitario (Valladolid)

En la universidad americana de Montana había cinco amigas muy especiales, cada una procedía de un continente diferente. Así, Vina era de China, Cleopat de Asia, Marie de África, Lían de Europa y Giva de Australia. Las cinco habían llegado allí para estudiar literatura e ilustración. A las cinco les gustaba viajar y leer libros de misterio y aventuras. Pero existía un problema para relacionarse: cada una de ellas hablaba un idioma diferente y por tanto no se entendían y era muy difícil hacerse amigas.

Pasaron los días y las cinco seguían compartiendo habitación y clases sin cruzar palabra, sólo se iban entendiendo con gestos y sonrisas. Hasta que un día, el rector de la universidad anunció una excursión al teatro de la ciudad para ver la obra “Romeo y Julieta” Las cinco se sentaron juntas para presenciar la obra que tanto les gustaba y tantas veces habían leído. Les ponía tristes pensar que no podrían disfrutar a tope de la misma por desconocer aún muchas palabras y expresiones del idioma americano.

De pronto salió al escenario el director y anunció que no se podía representar la obra porque los actores habían tenido que

ser hospitalizados debido a una gastroenteritis producida por algún alimento ingerido en mal estado. Toda la gente que llenaba el teatro exclamó: "¡Oh, qué pena!, pero nadie se levantaba del asiento. Estaban dispuestos a esperar una solución.

El rector tuvo una idea: le propuso al director del teatro que las cinco chicas amigas de su universidad representaran la obra, porque se la sabían. Ellas aceptaron aunque sabían que existía un problema: ¡cada una hablaba un idioma!

El director dijo que no importaba; sería una experiencia nueva y quizás fuera más emocionante. Se organizaron en un momento y se repartieron los personajes: Vina haría de Julieta, Marie de Romeo, Cleopat de madre de Julieta, Lían de hermano de Julieta y Giva de madre de Romeo.

Las chicas salieron al escenario y empezó la representación. Cada una caracterizó muy bien su personaje, diciendo el texto en su idioma, pero con pronunciación clara y acompañándose de gestos. El rector, entre cortinas, lo repetía en el idioma americano, de modo que todos lo entendían. Así, las cinco amigas y el público, además de aprender el inglés americano, aprendieron el idioma de los otros países.

El público quedó encantado y aplaudió a rabiar; ellas, muy contentas siguieron practicando idiomas y teatro, y siguieron viajando y haciendo amigos porque ya no existía el problema del idioma... ¡Todos se entendían!



El niño y su pingüino

José Ángel García Rosique

Aula Hospitalaria del H. Virgen de la Arrixaca (Murcia)

Era un niño esquimal llamado Aurelio que vivía en Janosbvñ, un pueblecito de Groenlandia, muy cerca del mar. Por las mañanas se levantaba, arreglaba su iglú y luego se iba a un mar helado a pescar con su arpón haciendo un agujero en el hielo.

Un día se encontró con un oso y Aurelio se fue corriendo al iglú, donde estaba un pingüino. Se hicieron amigos y comieron hígado crudo de ciervo y también gusanos vivos. Después se fueron con el trineo a tirarse por las montañas. El pingüino, en vez de montarse en el trineo, se tiraba de barriga.

Fue un día estupendo, solo les faltó darse un paseo en su kayak.



Ingresada en el hospital

Nisrin Chalouka

Aula Hospitalaria del H. Materno Infantil de Las Palmas de Gran Canaria

Me gustan los cromos y además soy diabética, vaya mezcla de culturas. He estado muchas veces ingresada en el hospital y toda mi familia ha venido a visitarme y me han traído muchos regalos. Hice muchas amigas como Paula, Laura, Yaiza... Conocí también a enfermeros y enfermeras como Paco, Loli o Carlos.

Allí hacíamos collares, pulseras, deberes... Un día me dieron el alta, que significa que me puedo marchar a casa.

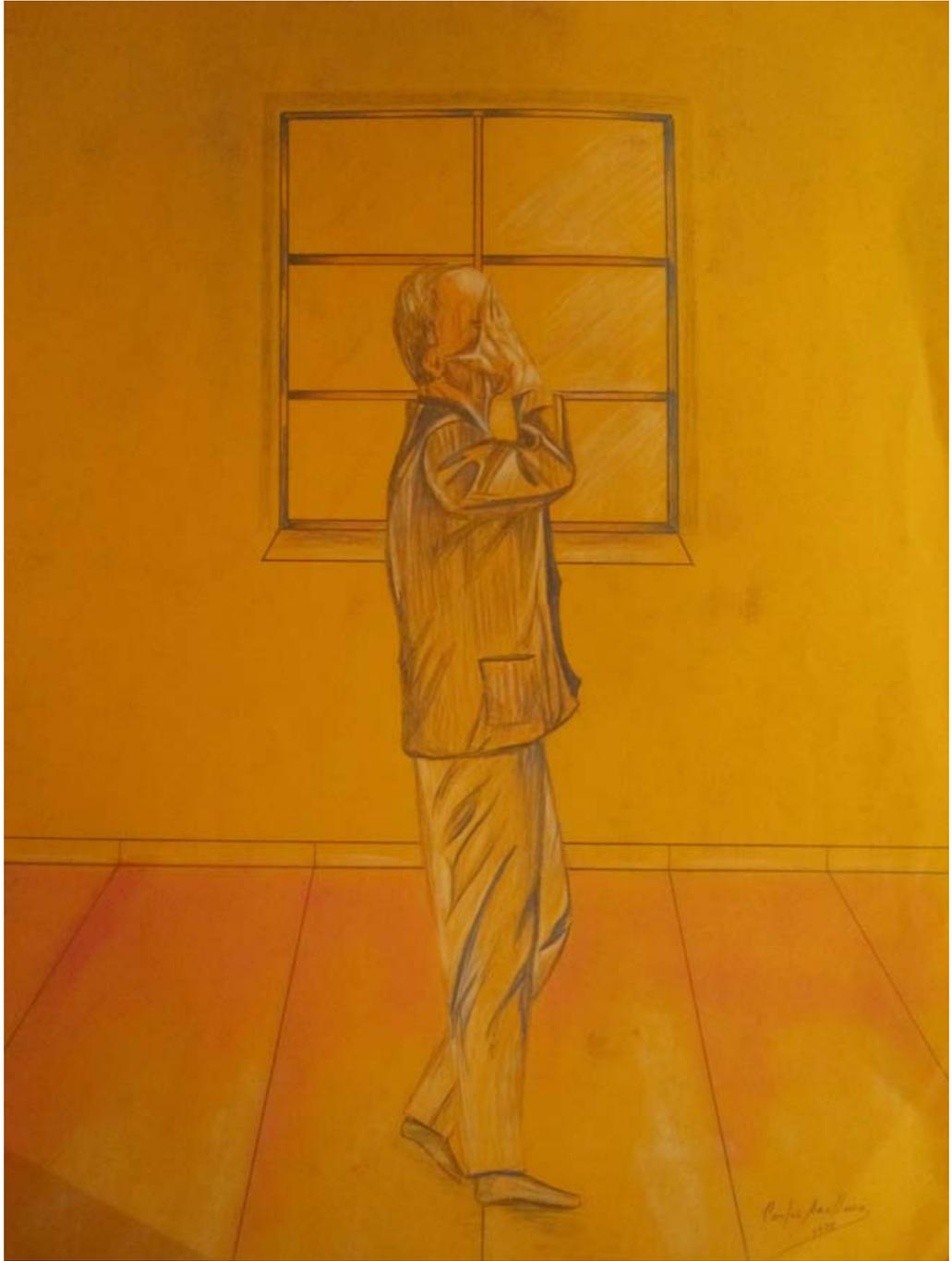
La tarde que llegué a casa vinieron mis amigas del barrio a visitarme. Una se llama Emily y es de Ecuador. Otra Selene y es de España. Y Brenda, que es de Japón.

Un día fuimos al cumpleaños de mi mejor amiga, que se llama Ana y es de Italia. Todos le hicimos regalos. Le regalé una carta de felicitación y una caja completa de maquillaje. Jugamos al escondite, al ajedrez, al teje... Como su padre tiene una pizzería, nos atiborramos de pizzas, pan de ajo, macarrones y espaguetis. Cuando acabamos de comer salimos con la barriga llena y con ganas de acostarnos, pero seguimos disfrutando de la fiesta.

Todas las amigas tomamos un avión y fuimos a África y recorrimos muchos lugares. Hicimos muchas amigas y montamos en camello. Estuvimos recorriendo todo el desierto hasta llegar a una fuente de agua que era milagrosa. El milagro consistía en que, cuando bebíamos agua, nos quitaba la sed durante dos semanas.

En Egipto, junto a las pirámides, hicimos un teatro y representamos el cuento "Caperucita Roja viajando por el mundo". Yo hice de Caperucita Roja, mi amiga Selene hizo de lobo, Brenda de abuelita, Ana de cazador y Emily de madre de Caperucita. El cuento terminó con una gran fiesta de disfraces y todo el público nos aplaudió. Luego nos montamos en un globo y nos fuimos de regreso a casa.

Una enfermera me llamó y cuando desperté seguía estando ingresada en el hospital y todo había sido un sueño.



El niño raro

Sara Sosa Guedes

Aula Hospitalaria del H. Materno Infantil de Las Palmas de Gran Canaria

Érase una vez un niño raro que se llamaba Peque. Su pelo era de color rubio y sus ojos eran de color verde. Iba vestido de coche. Le gustaba jugar mucho con sus amigos y con los animales.

Había nacido en una ciudad llamada Metrópolis. La ciudad era grande y muy bonita. Un día un hada lo convirtió en armadillo. Cuando se miró en un espejo y vio cómo era, se vio obligado a buscar la solución en una cueva mágica para convertirse otra vez en un niño. A Peque se le ocurrió una gran idea: hablar con los animales para que le ayudaran y así lo hizo día tras día.

Con ayuda de sus amigos logró solucionar el problema y todos juntos celebraron su gran éxito: el elefante, la tigresa, el tigre, el bello león y la bella leona.

Y colorín colorado ya se ha acabado.



Belén A.R.

El gran tesoro del Machu Picchu

Minerva Redondo Herrero

Aula Hospitalaria del H. La Fe (Valencia)

Hace mucho tiempo había un niño llamado Óscar que era de Perú. Era un niño muy pobre y para ganar dinero tenía que pastorear llamas. Un día estaba con su perro en un bosque y, de repente, Óscar vio un agujero, se asomó y oyó como el silbido del viento que le decía: “Óscar, tienes que ir a buscar el gran tesoro”. Él se asustó y se fue a su casa.

Al día siguiente decidió volver al mismo sitio porque él era muy valiente. Allí volvió a oír el silbido del viento que le decía lo mismo. Entonces decidió entrar en ese agujero y vio que era una cueva enorme con estalactitas y estalagmitas. Fue por un pasillo que había y al final encontró una enorme puerta dorada con caras de dioses aztecas. Cuando entró vio que había una especie de mesa. En aquella mesa era donde mataban a la gente que no creía en los dioses aztecas. Entonces Óscar se apoyó en la mesa y se quedó dormido. Tuvo un sueño en el cual se le aparecía un dios azteca y le decía que, para encontrar el gran tesoro, tenía que buscar la puerta de los dos soldados donde encontraría al guardián del tesoro, quien le diría si tenía bastante valor para tener

el Gran Tesoro. Entonces, de repente, despertó. Así que el niño se puso en marcha para buscar la puerta de los dos soldados. Empezó a caminar y se encontró con una laguna subterránea. Óscar quería llegar a la otra parte pero no sabía cómo cruzarla. De repente, su perro Toby se fue a un rincón y empezó a ladrar y Óscar fue corriendo y vio una barca. Estaban salvados, podían cruzar. Se subieron rápido a la barca, llegaron a la otra parte y vieron que allí estaba la puerta de los dos soldados. Fueron hasta allí y los soldados dijeron: “¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?” Óscar les dijo que iba en busca del tesoro por orden de los dioses. Entonces lo dejaron pasar. Dentro se encontraba el guardián del Gran Tesoro, que le dijo: “Tú tienes que ser Óscar. Los dioses me han dicho que vendrías. Yo soy El Gran Guardián, me llamo Musca y me encargo de proteger el tesoro y repartirlo entre las personas que se lo merecen. Vamos a ver si tú te mereces una parte.” Musca le llevó a una sala y Óscar preguntó: “¿qué hacemos aquí?” “Esta es la sala de la verdad. Si pasas esta prueba te daré una parte del tesoro”, le contestó. Musca le puso en la cabeza un casco con el que podía ver si era buena persona y cómo era su vida. El resultado fue que era muy buena persona, ayudaba a los demás y compartía siempre. Pero vio que era muy pobre y necesitaba dinero. Entonces decidió que se merecía una parte del tesoro, le quitó el casco y le dio una parte. Le dijo que para conseguir más partes tenía que ir ayudando a la gente.

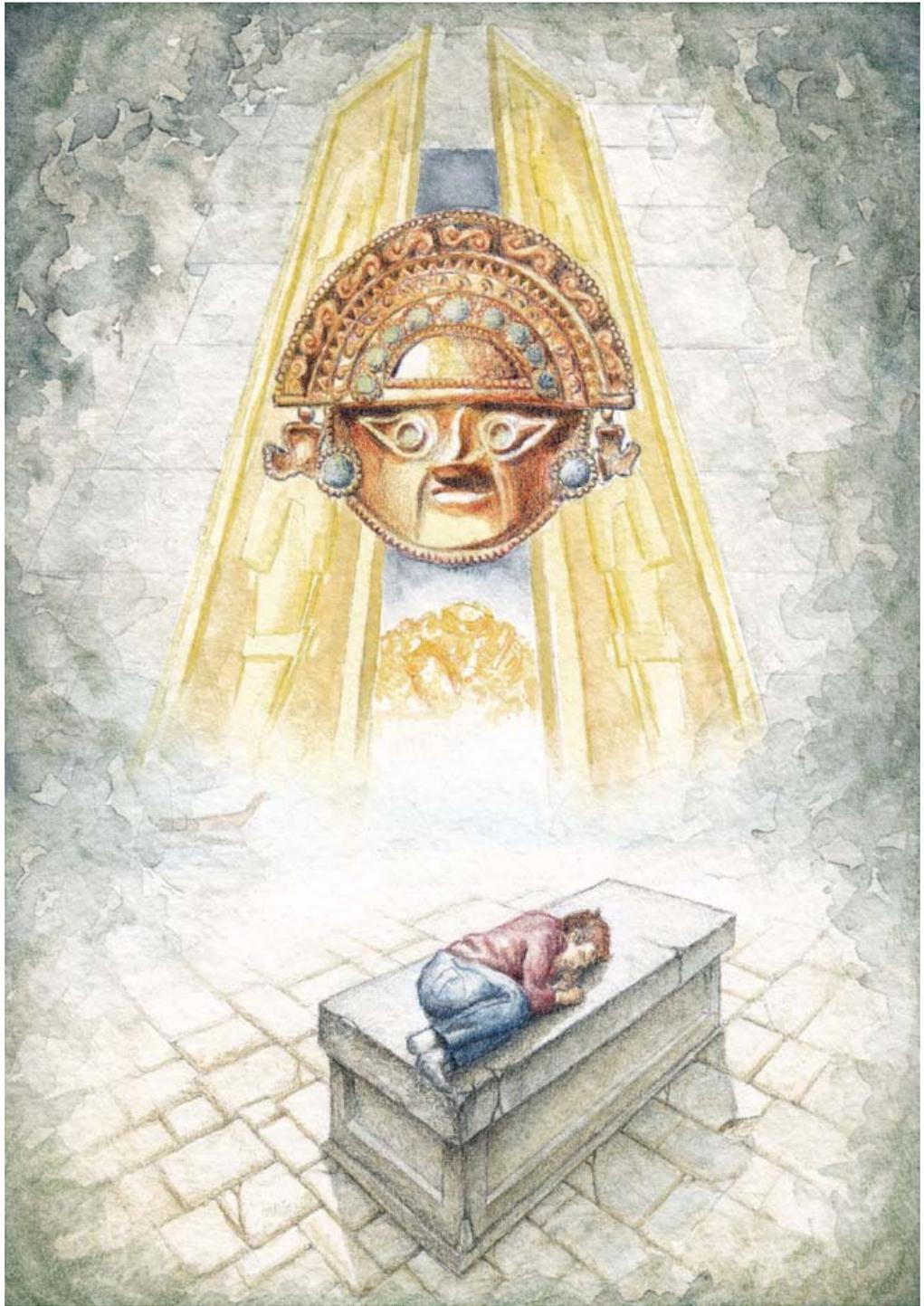
De repente, nuestro amigo apareció en medio de un bosque y allí se encontró a un niño chino asustado. Óscar le dijo: “¿Qué haces tú aquí solo?” El niño le dijo que había ido de vacaciones con sus padres y se perdió siguiendo una mariposa. Óscar lo entendía porque Musca le había dado un colgante que le hacía entender

todos los idiomas. Pero Óscar no sabía qué hacer para encontrar a los padres del niño chino. De repente se dio cuenta de que su colgante tenía un botón extraño. Lo pulsó y al instante los dos aparecieron en China. El niño se puso muy contento porque estaba en su ciudad y sabía llegar a su casa. El niño chino, que se llamaba Chin, le dio las gracias y se fue.

Óscar, de repente, se vio en la cueva del principio. Frente a él se encontraba una bolsa llena de monedas de oro. Se fue a casa muy contento y se lo dio a sus padres para que compraran comida y ropa.

Al día siguiente volvió a la cueva a hacer la última misión y de repente apareció en África. Allí vio a una niña negrita, se acercó a ella y le dijo: "¿qué te pasa?" Entonces la niña le dijo que sus padres la habían escondido allí porque un león hambriento les había atacado y ahora no sabía que le había pasado a sus padres. Óscar pulsó el collar y fue a parar a una aldea. Era la aldea de la niña Cucutá, estaba destrozada pero se oían voces que decían: "Socorro, ayudadnos". Venían de una cabaña. Fue corriendo, era la familia de Cucutá. Les ayudaron a salir de los escombros que había por los destrozos del león y, toda la familia, muy contenta, le dio las gracias.

Óscar apareció de nuevo en la cueva y allí se encontraba el Gran Guardián que le felicitó por sus hazañas y le dio dos bolsas de oro. Le dijo que, si quería, podía seguir ayudando a la gente o bien podía vivir muy bien con el oro que tenía. Pero Óscar decidió ayudar a la gente. Así que aún sigue ayudando a niños perdidos y a gente necesitada de todo el mundo.



La niña de los cables de quita y pon

Thalía Cifuentes Puertos

Aula Hospitalaria del H. Complejo Asistencial Universitario de León

Era el día de mi noveno cumpleaños, y mi madre había adornado el salón de mi casa muy bonito para celebrarlo con mis amigos más íntimos. Nos fuimos a comer con una amiga de mi madre y su hijo Matías que tiene seis años. También iba mi mejor amiga, que siempre va a mis cumpleaños y se llama Rosalinda; ella dice que por nada del mundo se perdería uno de mis cumpleaños porque me quiere mucho y también yo a ella. Estábamos comiendo en un restaurante cuando de repente empecé a vomitar y perdí el conocimiento. Mi madre me recostó en un sillón, luego llamó a un taxi y nos marchamos a casa.

Al verme tan mal, mi madre llamó a una ambulancia para que nos llevara al hospital. Allí, después de realizar varias analíticas, los médicos vieron que tenía una enfermedad muy grave en la cabecita. Al saberlo, mi madre se puso muy triste. A mí me dejaron en el hospital, y mi madre se tuvo que ir para casa. En la U.C.I.P. estuve unos días antes de la operación. Después, otra vez en cuidados intensivos y, cuando pasaron unos días, me llevaron a planta, donde compartí habitación con una niña

muy maja que me hizo los días muy cortos hablándome de su país: Colombia.

Como se estaba aproximando la Navidad me contó muchas cosas. Me dijo que allí, en Nochevieja, en cada barrio hacen un muñeco con ropa vieja y lo rellenan de pólvora para, a las doce de la noche, prenderle fuego, porque dicen que ese es el año viejo que se va. También hacen fogatas y encienden velas en cada casa, bailan todos, comen tamales, buñuelos, natillas y luego, cuando llega el año nuevo, salen de sus casas para saludar a todos los que pasan. ¡Ah! se me olvidaba decir que la comida típica de las Navidades es el tamal que lo preparan con unas hojas de plátano. Dentro de ellas echan arroz, pollo, guisantes, zanahoria y tocino; hacen una especie de envoltorio y luego lo cuecen al vapor ¡Hummm...! ¡Qué rico! También me contó Paola, que así se llama la niña, que el veinticuatro de diciembre es costumbre hacer la novena al niño Dios.

En cada barrio se reúnen todos los niños en una casa el día quince de diciembre, que es cuando comienza. Todas las noches rezan y cantan villancicos y al final de la novena, el día veinticuatro, dan regalos a todos los niños y hacen sorteos. También me contó que el treinta y uno de octubre celebran la noche de Halloween; todos los niños se disfrazan y salen por la noche tocando de puerta en puerta y pidiendo golosinas cantando esta canción:

“Triqui, triqui Halloween
quiero dulces para mí
si no me los dan
les corto la nariz”.

Yo quedé encantada con todo lo que me contó mi amiga Paola, que es de un lugar llamado Santander del Sur, porque también hay Santander del Norte. La capital de Santander del Norte es Cúcuta, que es frontera con Venezuela, la capital de Santander del Sur es Bucaramanga.

También me comentó que Colombia es un país tropical y que allí no existen las cuatro estaciones como aquí; en Colombia hay mucha vegetación. El azúcar que consumen se extrae de una planta que se llama la caña de azúcar, en cambio aquí en España el azúcar se saca de la remolacha.

Espero que algún día, cuando sea mayor, pueda ir a conocer Colombia. Se me olvida decir que allí los buñuelos son de queso y de una harina especial.

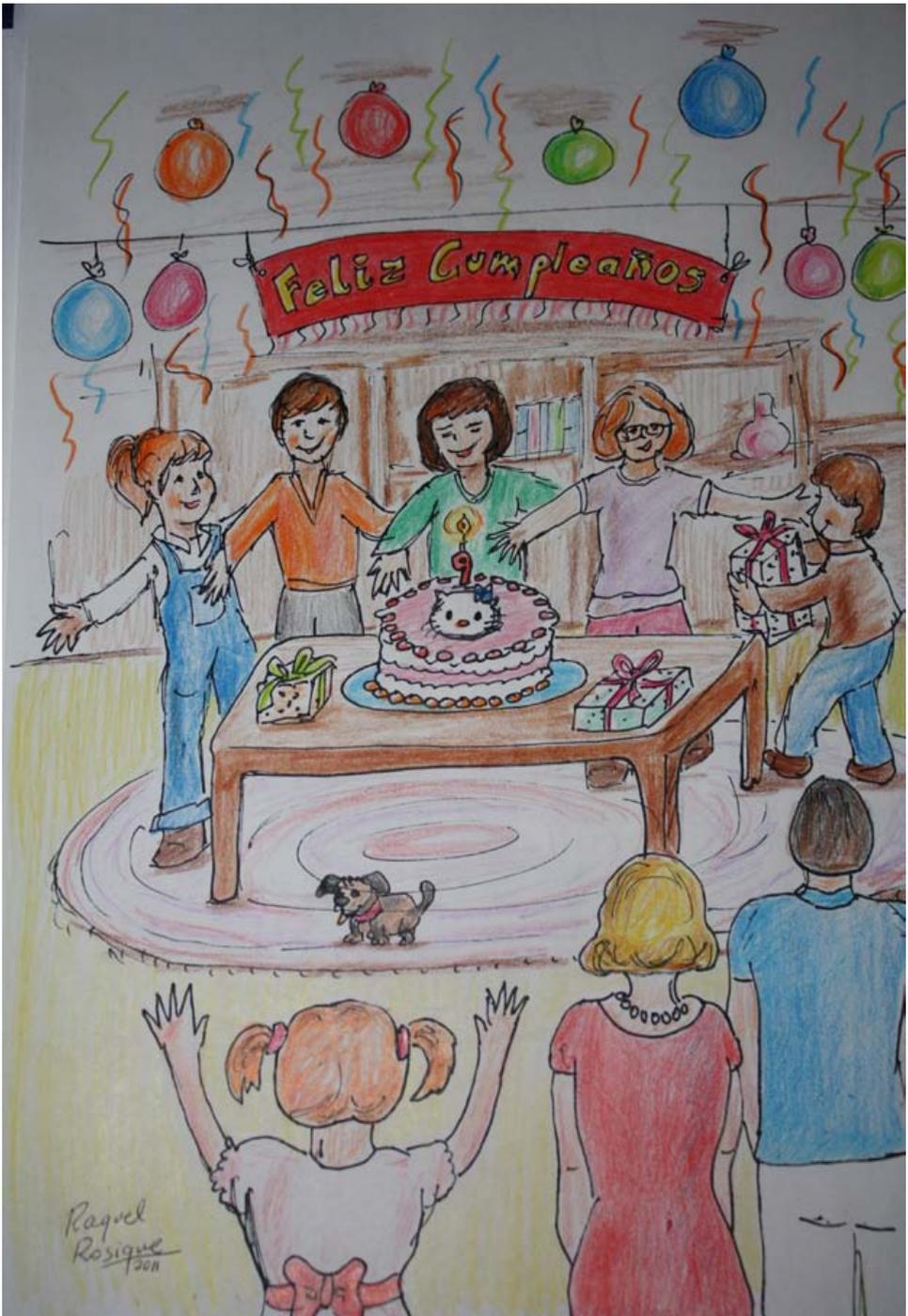
Después de unos días me quitaron los cables poco a poco, y como ya los médicos vieron que estaba recuperada, me mandaron para casita.

Y llegó el día de la despedida. Me dio un poco de pena dejar a mi amiga. La abracé, le di un beso y regresé con mi madre a casa, donde me esperaba mi perrito Nevado, que ahora tiene tres meses. Mi madre tenía el salón organizado para celebrar de nuevo mi cumpleaños, porque lo había interrumpido debido a la enfermedad. Yo estaba deseosa de comer la tarta de Hello Kitty que mi madre me había comprado. Otra vez invité a mis amiguitos y lo pasé muy bien. Ahora soy muy feliz porque no volveré a tener nunca más dolores de cabeza.

Al final me llevo un buen recuerdo del hospital, porque estuve en el aula de allí con mas niños y lo pasé muy bien. La profesora era muy buena, se portó muy bien conmigo, me tomé algunas fotos con todos y aprendí muchas cosas.

Cuando esté bien del todo volveré al *cole*, para estar de nuevo con mis compañeros, que me esperan todos con los brazos abiertos y me han llevado al hospital muchos regalitos y dibujos. Ellos están muy felices porque ya estoy en casa. Mientras me recupero esperan ansiosos mi regreso pronto. De momento hago actividades en casa, dibujo y salgo al parque a jugar con mi mascota.

Esta es la historia real, de la niña de los cables de quita y pon, que con nueve años ha tenido una experiencia muy triste pero con un final feliz.



CATEGORÍA B

(de 10 a 13 años)

GANADOR CATEGORÍA B

La Promesa

Alba Filgueira Mosquera

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria (Murcia)

Me postré ante el rey y le juré lealtad hasta el día de su muerte y, tras ella, a su hijo. Así me comprometí a estar a su lado y librarle de cualquier enemigo que osara entrar en sus territorios. Él, a su vez, se comprometió a entregarme un pequeño trozo de sus tierras, convirtiéndome en su caballero, además de en un señor feudal.

Mi padre era un gran caballero, descendiente de una venerada estirpe de nobles, todos a cargo del rey. Se casó con mi querida madre Isabel, quien me confesó que, a pesar de todos los pretendientes que había tenido, ella había preferido a Juan, mi padre. Un tiempo después de su boda nació yo, me pusieron el nombre de mi abuelo paterno, el gran caballero Rodrigo, que había servido con lealtad al padre de nuestro actual rey.

Vivíamos en la corte real con el mismísimo rey Sebastián y con mi querido amigo el príncipe Arturo, único hijo del rey. Siempre que podíamos estábamos juntos, solíamos jugar en las orillas del río. Sin que nos viesan, observábamos a los cazadores y arqueros, pues nos gustaba ver a los halcones y azores que llevaban

para la caza, sobre todo ver el águila que poseía el rey. También jugábamos a imitar a los caballeros. Un día, después de una de nuestras grandes batallas, nos dirigimos al castillo, subimos al torreón más alto, como hacíamos muchas veces, y allí, mirando a la inmensidad de las tierras del reino y por una razón que desconozco, nos hicimos una promesa:

-Te prometo, Rodrigo, que algún día seré rey. Seré el mejor rey de todos y seguiré siendo tu amigo.

-Yo te prometo, Arturo, que algún día seré caballero. Seré el mejor caballero de todos y seguiré siendo tu amigo.

Tras aquella promesa bajamos del torreón y cada uno se fue a sus aposentos sin decir nada más. Aquella promesa me hizo estar inquieto toda la noche.

Al día siguiente llegaron noticias de que se acercaban los musulmanes. Eso quería decir que nuestros caballeros tendrían que ausentarse durante un tiempo para luchar en una gran batalla. Mi padre y otros muchos caballeros tuvieron que partir. Se apreciaba en sus caras una gran preocupación, sobre todo en el rostro de mi padre. Tras despedirse de su amada Isabel, se acercó a mí, me besó en la frente y me dijo:

-Hijo mío, cuida de tu madre y haz que siga estando orgulloso de ti. Prométeme que serás un buen hombre y un gran caballero.

Yo asentí, sin decir una sola palabra.

Los días transcurrieron lentamente. Los rostros de los habitantes de la corte mostraban inquietud, aún así Arturo y yo seguíamos con nuestros juegos.

A la vuelta de los caballeros, tras su triunfo, mi padre no regresó, había perecido en la batalla. Mi dulce y abatida madre lo único que hizo fue darme un gran abrazo y susurrarme que mi padre estuvo orgulloso de mí y que me había amado mucho. Yo no pude articular palabra alguna, y aunque parezca extraño, solo me vino a la cabeza aquella promesa que en lo alto del torreón nos habíamos hecho Arturo y yo.

El entierro de mi padre se hizo con todos los honores que puede tener un gran y leal caballero. Después de la ceremonia, cuando todos se marcharon, creí haberme quedado solo, pero no fue así puesto que el rey se acercó a mí con la espada de mi padre en la mano. Me la entregó y, sin decir ni una sola palabra, mantuvo su mano en mi hombro un buen rato antes de irse.

Se organizó un banquete en nombre de todos los caballeros fallecidos en la batalla. Entre los presentes se encontraba un gran amigo de mi padre, Miguel, que acudió con su bella hija Elena, en la que yo no me había fijado hasta aquel entonces.

Días más tarde el rey me hizo llamar. Después de una larga conversación en la que me habló de cómo mi abuelo había servido a su padre y mi padre lo había servido a él, me dijo que quería que yo, Rodrigo, fuera su caballero y, tras su muerte, el caballero de su hijo. Después de la conversación me hizo entrega, ante mi sorpresa, de una parcela de sus tierras.

Ahí fue donde me postré ante él y le juré lealtad hasta el día de su muerte y, tras ella, prometí servir al príncipe Arturo. Así me comprometí a ayudarlo ante cualquier imprevisto que surgiera, protegiéndolo a él y al reino.

Al salir de la sala, allí estaba mi gran amigo Arturo, aguardando para saber de qué habíamos hablado el rey y yo. Después de contárselo, él me confesó que sabía por qué su padre me había entregado las tierras. Me dijo que era por todo lo que mi familia había hecho por la suya años atrás, por la lealtad y honor a todos los caballeros que tanto habían dado por el reino, porque sabía que algún día yo sería su fiel caballero y por la amistad que nos profesábamos.

Después de unos días madre y yo nos trasladamos a nuestro nuevo hogar. Me encontraba cruzando las tierras de lo que ya era mi feudo, cuando vi un gran muro de piedra que rodeaba el castillo, y tras cruzar el puente levadizo, me encontré con caballeros y sirvientes, ya a mi cargo, quienes esperaban mi llegada. Observando a toda aquella gente, me di cuenta en ese mismo momento que debía cumplir la promesa que le había hecho a mi padre, antes de que partiese a la que fue su última batalla: ser un buen hombre y un gran caballero.

Mi vida fue transcurriendo con normalidad. Acudía asiduamente a ver los cultivos, me gustaba observar a los niños jugando, ver cómo alimentaban a los animales y pastoreaban los rebaños. Las niñas ayudaban a sus madres en el hogar. Yo hablaba con los campesinos. Todo aquello me daba paz y me enriquecía como persona.

Solía encontrarme con el príncipe, mi amigo Arturo. Íbamos de caza, hablábamos sobre nuestras cosas y nos sorprendía cómo el paso del tiempo cambiaba nuestras vidas.

Me gustaba tener largas conversaciones con mi madre. Ella solía hablarme de mi padre, de lo que lo había amado y aún lo

amaba. Me contaba pequeños secretos. Decía que siempre le gustó observar a mi padre cuando vestía su armadura antes de partir hacia alguna batalla. Me contaba que ella lo miraba sin que él lo notase, deseando que volviese sano y salvo. Mi madre siempre creyó que él también la había observado cuando se sentaba a bordar junto a otras mujeres, escuchando a algún trovador que cantaba baladas de amor y contaba historias de héroes legendarios. Había una cosa que siempre me repetía. Decía que, a pesar de que los nobles solían casarse en función de intereses familiares, como el dinero o las tierras, ellos lo habían hecho por amor. Deseaba que yo hiciese lo mismo.

Siempre que podía iba a visitar a Elena. Lo que más nos gustaba hacer juntos era dar largos paseos a caballo. Así fue como nos fuimos enamorando cada día más.

Empezaron a llegar noticias inquietantes. Los musulmanes volvían a atacar, y el rey no se encontraba bien de salud. Entre todo el caos llegó el fatídico día. Murió nuestro rey Sebastián. Todos estábamos abatidos y los musulmanes se acercaban. Había que coronar a Arturo lo antes posible, pues teníamos que partir a la batalla.

Fui a vestir la armadura con la ayuda de mi escudero y después de despedirme amargamente de mi querida madre Isabel y mi amada Elena, a la que prometí volver con vida, me dirigí al castillo del rey. Allí busqué a mi amigo Arturo, nuestro nuevo rey, al que todavía no me había dado tiempo de darle el pésame, ni a brindarle mi lealtad tras su coronación. Lo encontré en el torreón, triste y pensativo, mirando a la inmensidad de lo que ya era su reino. Me puse a su lado y, sin mirarnos, los dos recorda-

mos aquella promesa que nos habíamos hecho de niños:

-Te prometo, Rodrigo, que algún día seré rey. Seré el mejor rey de todos y seguiré siendo tu amigo.

-Te prometo, Arturo, que algún día seré caballero. Seré el mejor caballero de todos y seguiré siendo tu amigo.

Y así fue como Arturo comenzó su reinado y yo partí a mi primera batalla.



Diego en China

Brais Gómez Alonso

Aula Hospitalaria del Complejo Hospitalario de Ourense

Diego estaba haciendo sus deberes de matemáticas cuando de repente el bolígrafo se desprendió de sus dedos y cayó al suelo. Se agachó para cogerlo, resbaló de la silla de estudio y apoyó la mano en una baldosa que estaba debajo del escritorio. Le dio la sensación de que la baldosa se introducía en el suelo, y así fue. La baldosa se introdujo en el suelo y una potente luz salió de sus bordes. Cerró los ojos y, cuando la luz menguó, pudo abrirlos y contemplar que estaba en un pueblo en el que hombres y mujeres cruzaban un camino de tierra de un lado a otro. Se dio cuenta de que las personas tenían los ojos más achinados de lo normal, de hecho eran chinos. ¡Diego estaba en China! Lo primero que hizo fue intentar volver a su casa golpeando en el suelo, pero no funcionó. Intentó comunicarse con uno de los chinos pero, lógicamente, no se entendieron. De repente, todo se paró, Diego se movió entre las personas, pero no reaccionaban. Un resplandor salió de la nada y una mujer china, muy arreglada, le dijo que debía conocer la cultura china: sus costumbres, sus comidas, su religión...

Diego tenía muchas preguntas que hacerle pero ella desapareció. Un chico rubio y de su edad (aproximadamente quince años) se acercó y le dijo que él le daría una cama, un techo y comida; es decir, le proporcionaría hospedaje. Diego formó parte de su familia durante dos semanas, en las que aprendió muchas cosas. La mujer volvió a aparecer y lo llevó a su casa. Diego se sorprendió porque no había transcurrido el tiempo; es más, aún estaba agachado. Al día siguiente el profesor les explicó que estudiarían una nueva asignatura: cultura extranjera. Y les adelantó que la primera sería la cultura china. En eso Diego llevaba ventaja. Había aprendido que allí hay construcciones muy importantes, como por ejemplo la Gran Muralla China. Abundan las comidas como el shushi, su religión es el budismo y la educación allí es muy intensa. Aquel viaje le había servido de mucho.



Atakwin

Triana Rubio Salguero

Aula Hospitalaria del H. U. de Fuenlabrada

Me llamo Atakwin. Estoy en el Hospital porque no puedo mover las piernas. Me voy recuperando, pero me siguen doliendo. Me preocupa que pueda tener algo grave. Hay momentos en los que me siento triste, desanimada, decaída... Otros, me animo y me siento feliz porque van a saber lo que tengo gracias a las muchas pruebas que me están haciendo.

La boca la tengo muy seca, parece como si el sol del desierto hoy estuviera enfadado. Siento mucha sed. Tengo ganas de beber, pero no podré. No queda agua en el pozo. Se lo diré a mi madre. Por cierto, mi madre se llama Annibca. Mi padre, Alkararat, ha salido en busca de agua. Dicen los mayores que los pozos se están secando. Seguramente habrá ido a intentar coger de los camiones cisterna. Hace varios días que no los dejan pasar y hay que caminar demasiado.

No os he dicho una cosa: yo nací en uno de los muchos campamentos que los saharauis levantamos hace más de quince años en el desierto. Mis abuelos llamaron a mi madre Annibca, igual que el campamento donde yo vivo. Casi todos los nombres de las

personas que vivimos en los campamentos tienen un significado. Por ejemplo: Revolución, Formación, Victoria, etc.

En el campamento suelo ir a clase. Mis profesores son muy buenos y procuran que lo pasemos bien. Algunos niños de otros países se quejan de que no tienen ordenadores más nuevos. Yo nunca he visto un ordenador. También protestan porque tienen que pagar mucho por la luz. Yo nunca podré tener luz normal, como la tenéis vosotros, ni calefacción. Pero estaré calentita en las noches de invierno. Durante el día hace mucho calor y las noches son terriblemente frías. Para protegernos utilizamos las mantas que nos envían, aunque algunas veces son insuficientes y las tengo que compartir con mis cuatro hermanos y no nos da para nada, si acaso para taparnos los pies. Algunos días, además de ir al colegio, jugamos a un juego que nosotros le llamamos "sacauia". Os voy a contar cómo se juega. Estoy segura de que vosotros tenéis un juego parecido y lo más probable es que sólo el nombre lo diferencie. Cada niño tiene que dibujar un círculo en el suelo y gana quien introduzca más piedras en el círculo del compañero. Este juego es uno de mis preferidos. Todos los juegos que conozco se juegan en grupo y no se necesita casi ningún material. Me lo paso genial. Otras veces ayudamos a nuestros padres; por ejemplo a transportar agua y a limpiar y ordenar la jaima.

Durante la noche de ayer no paró de llover y algunas jaimas no resistieron porque además de la lluvia se levantó un viento muy fuerte que se llama "alisio". La mayoría quedaron destrozadas y las familias tuvieron que refugiarse en otras jaimas. En el campamento nos ayudamos y nos protegemos y no hay robos ni peleas. Los pocos alimentos y medicinas que tenemos, las compartimos.

¿Sabéis realmente lo que más me gusta?... Viajar en avión a un país llamado España. He ido tres veces y siempre en verano. El próximo le toca a mi hermana, que está contenta y al mismo tiempo un poco asustada porque es un país desconocido con un idioma distinto al nuestro. Yo la animo y le digo que a mí me pasó lo mismo la primera vez; pero luego te lo pasas bien.

¡Qué sed tenía! Menos mal que en el grifo sí había agua. Sigo en la habitación número ocho del hospital.



Amor en las pirámides

Elena del Carmen Ponilla Román

Aula Hospitalaria del H. Morales Meseguer (Murcia)

Esta historia transcurre en la época más gloriosa del Antiguo Egipto, la del Imperio Nuevo, allá por el siglo XIV a de C. En un fastuoso palacio próximo al río Nilo, en la ciudad de Tebas, vivía Nefertiti, la hija del Faraón Ay.

Nefertiti era una chica que destacaba por su belleza tanto interior como exterior. Tenía una cara fina y delgada seguida de un largo cuello. En ella destacaban sus ojos almendrados, “asiáticos”, nada frecuentes en el Antiguo Egipto. Vestía una elegante túnica adornada con piedras semipreciosas que dejaba entrever su sugestivo cuerpo. Aunque era culta y muy activa: dominaba la escritura jeroglífica, hacía preciosos brazaletes... sufría de soledad y soberano aburrimiento por no poder nunca salir de palacio. El motivo de esta orden estricta de su padre era el miedo que él tenía a que cualquiera pudiera atentar contra su hija, dada la cantidad de personas que envidiaban al faraón y a su familia, y que no dudarían en matarlos con tal de provocar su desgracia. Ella, de carácter intrépido y aventurero, se ahogaba entre las mismas paredes, por lujosas y enormes que fueran;

anhelaba conocer otras ciudades, personas, países... ¡sentirse libre!

Un día que el faraón y gran parte de la corte habían salido de viaje, Nefertiti estaba muy enfadada. Otra vez más quedaba enclaustrada por las manías de su padre. Tan rabiosa estaba que dio un golpe fuerte en la pared de uno de los amplios pasillos y entonces vio asombrada que se movía una antorcha y por una abertura quedaban al descubierto unas escaleras que conducían a un túnel. Nefertiti no dudó, cogió la antorcha y descendió al pasadizo. Aunque asustada, continuó andando durante muchas horas por él, pues intuyó que era la única posibilidad que tenía de ser libre y encontrar un nuevo destino. Cuando estaba extremadamente agotada le pareció ver una débil luz y continuó con nuevas fuerzas hacia ella. Descubrió que provenía de un pequeño agujero, seguramente excavado por conejos, ratones y otros roedores. Con muchísimas dificultades y gracias a su delgadez consiguió salir, forzando mucho la tierra. Para su sorpresa, apareció ante la gran pirámide de Keops. Ella se quedó impresionada por su gran altura, ciento cincuenta metros, y por su gran base de más de cinco hectáreas. Le pareció maravillosa, pero lo que más le llamó la atención fue un joven moreno de ojos verdosos y de una estatura bien alta. Era bastante esbelto y tenía un buen físico. El joven parecía dirigir a un grupo de esclavos en las últimas fases de la ejecución de esta portentosa obra.

De tantas impresiones y largas horas sin beber y comer, Nefertiti cayó al suelo desmayada. Se formó un gran revuelo, cientos de esclavos se apresuraron a socorrerla, pero se empujaron entre ellos y estuvieron a punto de pisarla y herirla. Afortunadamente, el jefe de obras, Thaim, se abrió paso y les ordenó volver al tra-

bajo. Fue él quien socorrió a Nefertiti y quedó completamente enamorado de su belleza y valentía. La atracción fue mutua, y ambos desearon seguir su vida juntos. Al reconocer a la hija del faraón supo que era un amor imposible, pues él no pertenecía a la corte y parecía extranjero ¡Su única solución era huir! Consiguieron, una noche sin luna, robar una pequeña embarcación y navegaron por el río con la intención de ir a Jartum, capital de Sudán. Tras muchas penalidades lo consiguieron e intentaron encontrar de qué vivir en aquella ciudad. Lo importante era estar con la persona amada.

A lo largo de este tiempo, en palacio, tras el escándalo que supuso la desaparición de Nefertiti, su padre movilizó a todos para encontrarla. Mandó cientos de criados y esclavos en su búsqueda, prometiendo una recompensa en oro y la libertad para quien la encontrara. Sólo el más intrépido de los esclavos, Amín, imaginó donde podían estar, ya que siendo oriundo de Sudán sabía que servía de refugio a muchos egipcios perseguidos o disconformes con los dictados del faraón.

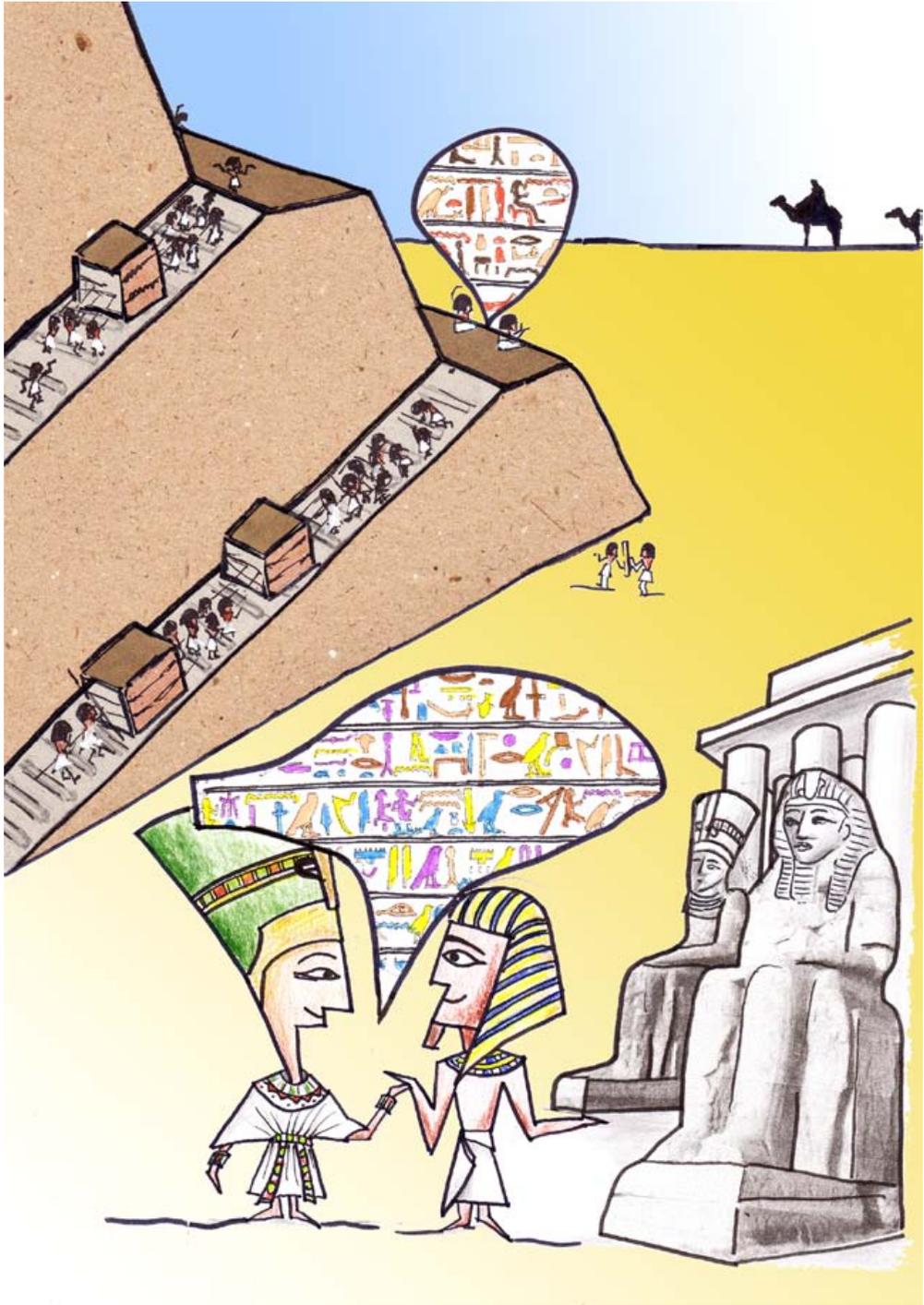
Tras varias semanas de viaje, Amín consiguió llegar a Jartum, y a través de familia y amigos localizó la mísera choza donde se alojaba la pareja. Siguiendo las órdenes del faraón los obligó a embarcar para volver a Tebas. Como la travesía era larga, Amín cogió cariño a la pareja y admiró el gran amor que se tenían, así que se apiadó de ellos y les dejó huir. Agradecidos, le animaron a ir con ellos y recobrar su libertad. Los tres desembarcaron sin ser descubiertos, y huyeron por las riberas del Nilo con la intención de volver a Sudán. La huída fue difícil, y como únicos alimentos tenían los dátiles de las fértiles palmeras y los peces que Amín lograba coger con cañas. Una noche estrellada, extenuados de

tantas horas de caminatas, se tumbaron en el suelo. Thaim, conmovido al ver el agotamiento de sus compañeros, tomó la palabra e hizo unas sorprendentes declaraciones:

- Nadie sabe quién soy en realidad. No me llamo Thaim, sino que soy Absón, hijo del anterior faraón. En la época del reinado de mi padre mucha gente quiso hacernos daño. Cuando mataron a mi padre delante de mí, tuve que huir pues los asesinos no querían ningún testigo de su mala hazaña. Escapé de Egipto, y cuando volví años después estaba muy cambiado físicamente y tenía un falso nombre. Conseguí trabajo en las pirámides y, poco a poco, fui ascendido. Y así viví hasta el día que conocí a Nefertiti, por cuyo amor no me importa volver a ser pobre y fugitivo.

Nefertiti, tras el asombro inicial, se puso muy contenta. Ni en sus mejores sueños podría haber imaginado una solución mejor. Volvió a palacio y, tras pedir perdón a su padre por su fuga, le contó su historia de amor con el hijo del anterior faraón y las aventuras que éste había contado. El faraón abrazó fuertemente a su hija y dejó que su historia de amor continuara en palacio. Amén se quedó a vivir en palacio y se convirtió en asistente de la pareja.

Y así pasaron los años en palacio, y el faraón, al ver que Nefertiti tenía fielmente al lado una persona que la amaba y la protegía, la dejó salir para ver las maravillas de Egipto, aunque eso sí, acompañada de varios esclavos.



Un verano diferente

Carolina Lizbeth Espinoza

Aula Hospitalaria del H. Morales Meseguer (Murcia)

Hace tres años tuve la suerte de vivir un verano completamente distinto a los que estaba acostumbrada. No es que fuera a la playa o a un campamento... ¡no, no, no! Fue mucho mejor, crucé en avión el Océano Atlántico hasta llegar a la mitad del mundo: ¡Ecuador!, el país de mis padres, donde yo nací, di mis primeros pasos, donde pronuncié mis primeras palabras y jugué con unas muñecas que nunca olvidaré.

Viajé con mi madre, Paola, y mis dos hermanas: Diana y Estefanía. Como era la primera vez que íbamos tuvimos que ponernos muchas vacunas. A mí no me importó porque debido al tratamiento para mi enfermedad estoy acostumbrada a los pinchazos, pero mis hermanas armaron un escándalo inmenso. No paraban de gritar, llorar, moverse... La doctora tuvo que pedir ayuda a cuatro enfermeras. Mi madre estaba muy apurada, ya que la doctora la miraba con reproche. Yo, me partía de risa y pensaba: “¿Qué sería de ellas si tuvieran que pincharse tanto como yo?”.

Bueno, por fin llegó el día del viaje, nos pasamos la noche anterior en vela de lo nerviosas que estábamos. Para colmo mi padre,

que iba con nuestras maletas en su coche hacia el aeropuerto, casi no llega por culpa del tráfico. ¡Qué nervios! El vuelo duraba doce horas, menos mal que nos dejaban levantarnos y nos daban comida, porque nos pareció *larguíiiiiisimo*.

Al aterrizar en el aeropuerto de Quito nos hicieron una entrevista para un periódico sobre el nuevo aeropuerto, ¡qué importantes en nuestro país! Nos recogió mi tía que nos llevó a su casa a las afueras de Quito. Allí pude ver a mis primos y empecé a acostumbrarme al país y sus gentes.

La siguiente ciudad que visitamos fue Loja, la ciudad de mi padre, en el sur del país, y allí pude abrazar a mis abuelos, tíos... De la estación de autobuses a casa nos llevaron en una camioneta, a mí me encantó, me podía poner de pie y el aire me daba en la cara y me movía el pelo. Al ver la ciudad me impresionó lo bajas que eran las casas. ¿Sabéis qué desayunaba?: arroz con huevo, carne e incluso con una sardina que tiene una salsa muy rica y se llamaba "sardina real". Recuerdo que le compré un cachorro a una señora por dos dólares, no pude resistir la tentación de tan tierno que era, aunque sabía que no podría seguir el viaje conmigo pues era un viaje muy largo para un cachorrito.

Los días más especiales son los que pasé en el pueblito de mi abuela materna, Zumba, en las montañas de la parte oriental. Era muy pequeño, con una plaza central donde jugábamos todos los niños. En este pueblo no había calles asfaltadas, sino caminos de barro por donde andaban sueltos los animales: gallinas, perros, gatos... Mi abuela vivía a las afueras, en plena montaña, y cuidaba sus vacas. Cuando llovía era casi imposible ir al pueblo desde su casa. Mi hermana Estefanía, que es un poco cabezona, se empe-

ñó una vez que había llovido en acompañar a mi madre y a mi abuela al pueblo, para comprar. Estefanía se cayó en un charco, y casi no pudo salir.

Recuerdo muchísimo lo buena que estaba, en Zumba, la caña de azúcar que mi abuelo nos cogía.

En fin, como todo lo bueno se acaba, nuestras vacaciones estaban a punto de terminar. Antes del regreso pasamos otros días en la capital. Era curioso escuchar el sonido continuo de los aviones, ya que el aeropuerto está casi en el centro de la ciudad. Ese sonido parecía decirnos:

-¡Tenéis que volver, tenéis que volver!

Y ya de vuelta, con escala en Guayaquil y de allí a Madrid.

Aunque me gusta vivir en Murcia, nunca olvidaré mi verano en Ecuador: por el cariño de mi familia, los paisajes, las costumbres... tan distintas a ésta, mi tierra de ahora.



Con mi cuento soy feliz

Brenda Rodríguez Ramírez

Aula Hospitalaria del H. Materno Infantil de Las Palmas de Gran Canaria

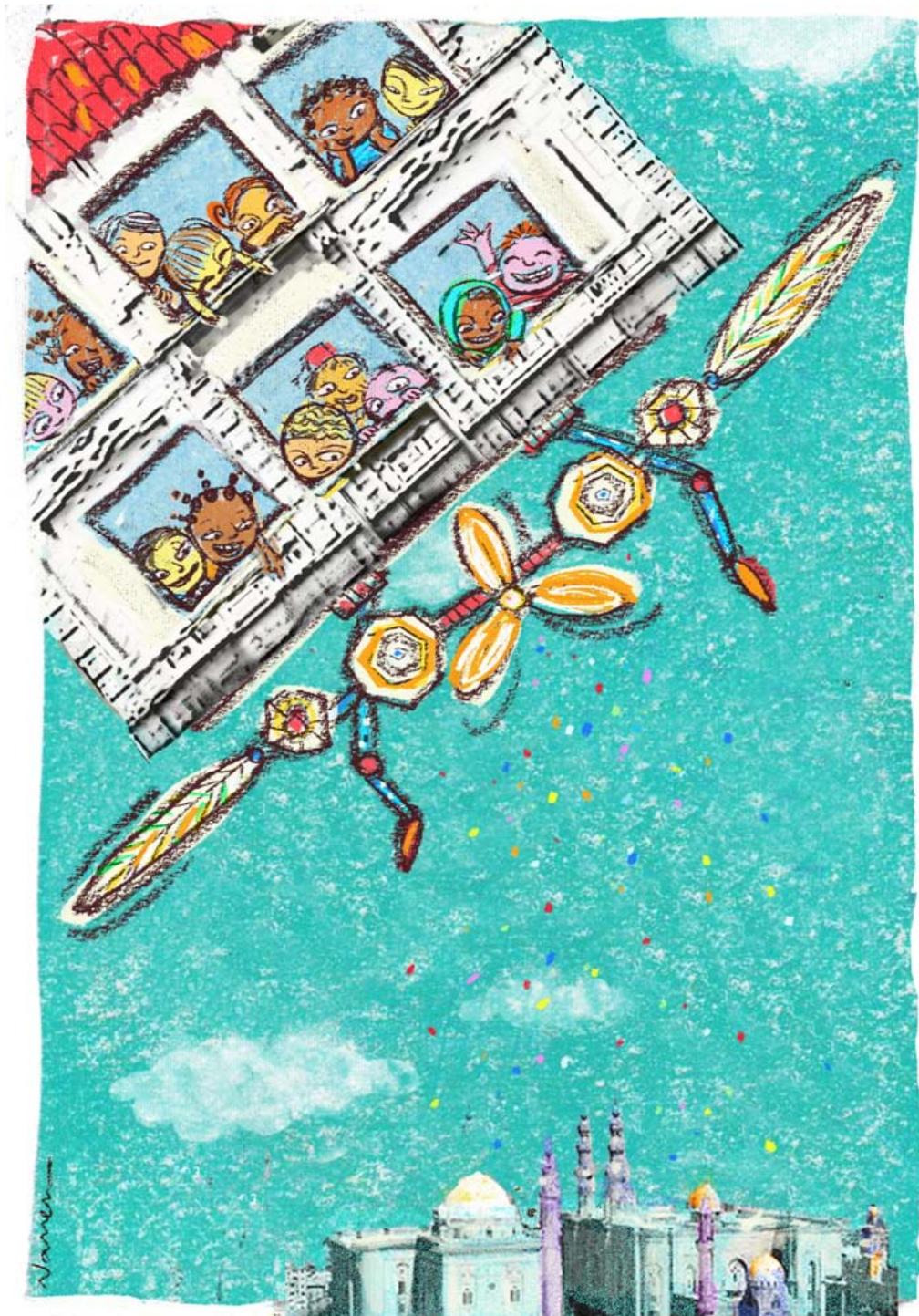
Se cuenta que hace mucho tiempo mi colegio viajaba por todo el mundo. Nunca estuvo parado en un lugar determinado. Un año estaba en un país y otro año estaba en otro. Cada vez que iba a un lugar se llenaba de niños y niñas de ese sitio, y cuando el colegio se iba a otro lugar, los niños y niñas iban con él. Así fue como el colegio tenía cada vez más y más alumnos de diferentes partes del mundo.

Hoy estoy en este maravilloso colegio y tengo amigos de todas las culturas. Lo pasamos muy bien. Cada día, en el recreo, comemos cosas diferentes porque cada uno trae la comida de su país. También jugamos a distintos juegos porque cada uno tiene una forma de jugar. Los fines de semana hacemos fiestas en las casas de mis amigos y amigas y cada uno trae lo más típico del lugar en que nació. Cuando estudiamos lo hacemos en diferentes idiomas, de esta forma aprendemos a comunicarnos entre nosotros.

Este colegio tiene en su interior una especie de máquina del tiempo que se conecta y envía la escuela a otro lugar del mundo.

Nunca sabemos donde vamos a ir hasta que no hemos llegado a ese lugar. Tampoco sabemos los niños que vamos a conocer hasta que no empiezan a ir al centro. Rápidamente nos hacemos todos amigos, los que ya estamos con los nuevos que vienen, y de esta forma no hay ningún conflicto entre nosotros.

Entre todos formamos una gran pandilla y hemos decidido seguir viajando por todo el mundo para seguir aprendiendo de todas las culturas. Creo que si esto sigue así de bien, todos los niños y niñas del mundo perteneceremos a este colegio, seremos todos amigos y se acabarán las guerras, las peleas, el hambre y las cosas malas que hoy existen entre las personas.



Waver

El chamán

Nuria Bermejo Sáez

CPEE Hospital Niño Jesús (Madrid)

Leila era una niña de diez años muy simpática y extrovertida, tenía muchos amigos y nunca le había costado estudiar porque era muy aplicada, aunque también muy traviesa. Venía de una familia acomodada, su padres apenas estaban en casa porque trabajaban todo el día fuera y Leila compartía la mayoría de sus tardes con su hermano Javi, que era mayor que ella: tenía quince años. Javi era algo más tímido y le costaba estudiar, era algo rebelde... Todo lo contrario que Leila.

Leila tenía un gato que se llamaba Calcetines. Se pasaban horas y horas jugando. Una tarde Calcetines se asustó porque había tormenta. Leila, angustiada, recorrió todo la casa buscándole. Miró en su habitación, en la de sus padres... Su hermano no la dejaba entrar a su habitación sin su permiso, así que ella aprovechó que estaba en la ducha y entró en busca de Calcetines.

Leila no podía creer lo que estaba viendo, era una figura enorme, nunca había visto ninguna cosa parecida. Estaba tallada en madera, con una cara extraña. Ella, sin pensarlo dos veces, se acercó a tocarla y a curiosear, ya que su hermano tenía toda la

habitación llena de papeles con el mismo dibujo que la figura. De repente alguien gritó:

-Leila, ¿qué haces?

Ella contestó:

-Javi, qué susto... ¿Qué es esta figura?

-¿No te he dicho que no entres sin mi permiso? Y deja eso donde estaba, que lo vas a romper. Dijo Javi.

-¿Pero qué es? Insistió Leila

-Ven y siéntate, que te lo explico -contestó Javi.

Leila se acercó al borde de la cama y se sentó, mientras Javi cogía todos los papeles de la habitación y la estatua y se sentaba con ella en la cama.

-Leila ¿tú sabes lo que son las tribus?-dijo mientras miraba la figura.

-Sí, esos que salen en la tele con faldas y sin casi ropa -afirmó Leila.

Javi se rió y dijo:

-Bueno sí, algo parecido. Esta estatua que tú ves perteneció a una tribu hace muchos años. Todavía no sé mucho sobre ella. Lo único que sé es que perteneció a un chamán.

-Y ¿qué es un chamán? -interrumpió Leila.

-Un chamán es una persona que puede curar a otras personas, se comunica con los fantasmas, adivina el futuro... es como el sacerdote de la tribu.

-Sí, sí -asintió la niña.

-Bueno, pues hay una leyenda sobre este Chamán y esa figurita. He leído que el chamán era muy conocido en una tribu de África. Era el mejor que había por la zona. Todos acudían a él para pedirle ayuda, consejo o incluso pedirles que les curara de enfermedades raras.

-Venga, Javi, cuéntame ¿cómo es que tienes tú esa figura? Y ¿qué es eso de la leyenda? -interrumpía Leila, mientras le tiraba del brazo.

-Sí, ya voy, que me interrumpes, enana. Una leyenda es un cuento que no se sabe si es mentira o verdad. Hay gente que se lo cree y gente que no. Lo que te decía, este chamán lo tenía como amuleto. Antes de cada consulta o visita, él le hacía una pequeña ofrenda... Para que lo entiendas, él le rezaba a esta figurita antes de curar a alguien o de ayudarlo o lo que fuese. Hay gente que dice que este chamán no tenía poder, que lo tenía la figurita. Otras personas dicen que sí, que el chamán tenía poder y que lo de la figurita era para dar las gracias por sus poderes, pero como es una leyenda, cada uno puede creer lo que quiera.

-Pero entonces, ¿qué paso con el chamán? y ¿por qué tienes tú la figura? -contestó Leila.

-Ah, verdad, el final de la historia... Pues un día el chamán se despertó y se encontró que la figurita ya no estaba, nadie sabía nada, nadie había visto nada, y el pobre chamán no dejó de buscarla durante semanas y semanas. Al final se rindió sin haberla encontrado. El chamán no era el mismo. Ya no tenía ese don especial, no se sabe si fue por la tristeza o por la figura, pero el chamán se fue de la tribu sin dar explicación y la figura nunca fue encontrada.

- Y ¿cómo es que la tienes tú? ¿La has encontrado? -dijo Leila.

Riéndose, Javi contestó:

-No, es que en el *cole* me han mandado hacer una redacción sobre una tribu y encontré la historia del Chamán y estoy escribiendo sobre ella.

-¿Y la figura? -preguntó Leila.

- La he hecho yo con pasta de papel y la he pintado para entregarla con el trabajo, ¿te gusta?

Riéndose, Leila dijo:

-Buah, que rollo, pensé qué la habías encontrado. Por cierto, ¿has visto a Calcetines?

-Sí, está debajo de la cama. Y deja de entrar sin permiso, pequeña. Ahora vete a jugar a tu cuarto -replicó Javi.



CATEGORÍA C

(de 14 a 17 años)

GANADOR CATEGORÍA C

Momentos

Alba Baro Vaquero

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Todas las pequeñas almas estaban agrupadas en fila, unas detrás de otras, esperando su turno. Había un nerviosismo general, sus pequeños cuerpos (si se podían llamar así, pues carecían de forma y de materia) temblaban.

El alma que ocupaba el lugar 197 miró a su alrededor, había llegado su momento, iba a ocupar un cuerpo humano por primera vez. Hablaría un rato con el rector, sobre sus intereses, aficiones, etc. Simple formalidad, pues las almas rara vez caían en el lugar que deseaban, todo era cuestión de suerte.

La fila avanzó un poco, y el alma 197 sintió cómo su “cuerpo” se contraía. Miró a la fila de la derecha (si es que podemos decir derecha, pues aquello no era un espacio como nosotros podamos imaginar), allí estaban las “almas viejas”, aquellas que repetían en la vida humana, algunas incluso habían tenido diez vidas diferentes, aunque no era lo común. Muchas almas morían con su cuerpo, otras regresaban y ocupaban una nueva vida; todos los recuerdos de la experiencia anterior eran olvidados.

Otro paso más, si el alma ya hubiera tenido cuerpo, hubiera tragado saliva, pero las almas no tienen boca, ni saliva, ni gargan-

ta. Empezó a imaginar qué le tocaría vivir. Había escuchado hablar que las primeras almas habían vivido en cuevas, calentaban sus cuerpos humanos alrededor del fuego (una sensación muy agradable, decían), y representaban las actividades diarias en las paredes de los refugios. Aquello era una de las cosas preferidas de las almas que ocupaban cuerpos humanos, dejar plasmado algún momento de su vida. El alma 197 también había oído que eran capaces de crear, sí, de crear, transformar a su gusto. Creaban herramientas e instrumentos de caza tallando piedras, madera etc. Pero lo que verdaderamente le sorprendía era que ni siquiera las almas sabían exactamente qué era lo que pasaba con ellas al morir su cuerpo. Algunas regresaban, otras no lo hacían nunca.

Todos los seres vivos tienden a huir de la muerte, las almas normalmente no quieren morir, excepto en situaciones extremas. Tal vez era lo que diferenciaba a los humanos, que eran conscientes de que tenían alma. Por eso los humanos habían empezado a hacer rituales con sus muertos, les enterraban, les incineraban, les adornaban, les preparaban por si había otra vida. Las almas, además (al menos la gran mayoría) eran curiosas, les fascinaba todo aquello que ocurría a su alrededor. Les atraía la naturaleza. Una vez en el mundo material no dejaban de hacerse preguntas ¿Por qué salía el sol? ¿Por qué hacía frío a veces y luego calor? ¿Por qué llovía, nevaba o se hacía de noche? No lo sabían. Imaginaban seres superiores que controlaban todo aquello, les adoraban y hacían peticiones. Otras, con el tiempo, fueron aun más allá y querían dar una explicación racional a todo.

Dio otro paso. El alma 197 se dio cuenta de que el siguiente era su turno. Cuando entró, se encontró a un alma, que parecía tener prisa. Seguramente a ella tampoco le faltaría mucho para

irse al mundo material. Charlaron un rato. 197 le contó su fascinación por poder plasmar la realidad. Era algo que la atraía. No se imaginaba como podría hacerse algo así. Luego le mandaron pasar a otro espacio, más reducido. Allí todas las almas estaban revueltas, jugaban nerviosas entre ellas, esperando el momento. Se preguntó entonces si reconocería a alguna de esas almas cuando ya estuvieran formando parte de sus respectivos cuerpos.

Llegó su turno. Si hubiera tenido ya ojos, los hubiera cerrado, y si hubiera tenido ya pulmones, habría tomado aire con todas sus fuerzas. Pero no hizo nada porque no tenía aún nada de eso.

Fue una vida dura, no muy larga. Pero también hubo momentos agradables. Un lugar lleno de arena, donde la vida era el gran río, del que todo dependía. Su padre colaboraba en la construcción de un gran templo dedicado a los dioses y al faraón, donde éste reposaría tras su muerte. Miraba fascinado los gigantescos monumentos, pero otra parte de él odiaba todas aquellas construcciones. Su padre trabajaba duro, y su abuelo había muerto allí mismo, de puro agotamiento. Se hacían rituales, pidiendo a Ra, el gran dios, el dios del sol, que les diera un buen año, y a Maat, para que mantuviera la armonía en aquel mundo.

A Hem (ese era su nombre) le encantaba ir a los actos públicos donde el faraón se mostraba ante todos. Entonces se quedaba anonadado viendo los vestidos que llevaba aquella gente que vivía más cómodamente, sus peinados, cómo se adornaban... Aquello por un lado le provocaba admiración, por otro, odio, sin llegar nunca a entender por qué.

Su mejor recuerdo fue de una noche, junto a su madre. Era una persona muy dulce. Estaban tumbados fuera de su pequeña casa, la

temperatura era muy agradable y el brazo de ella rodeaba al niño. Su madre, a pesar de llevar una vida humilde, tenía muchos conocimientos, pues su abuela había servido a la hija del faraón y le había contado muchas historias. Allí, mirando al cielo estrellado, su madre le contó historias de dioses. Habló de Isis, de Osiris, de Ra...

Hem murió con doce años, de hambre. Un mal año de cosechas. Por mucho que suplicaron a los dioses, no les mandaron las esperadas lluvias, y no hubo buenas cosechas.

El alma de Hem volvió al mundo de las almas con todos sus recuerdos alborotándole la cabeza. Jamás se podría haber imaginado que la vida era así. Tuvo miedo de volver a vivir. También tuvo miedo de olvidar, miedo de volver, miedo de no regresar. Tuvo miedo de no saber qué iba a suceder.

Volvió. Pero fue otra vida, distinta. Nació en un pequeño pueblo, al pie del monte Fuji. Pasó una infancia realmente agradable. A Aiko la encantaba probar las bolitas de arroz que hacía su madre, y ver caer las flores de cerezo durante el festival de primavera, y colgar sus deseos en ramas de bambú el siete de julio.

A la entrada de su casa había un pequeño maneki-neko, un gato de porcelana blanco que invitaba a entrar al hogar con una de sus patitas levantadas, traía prosperidad y ahuyentaba a los malos espíritus. Siempre que no se podía dormir porque afuera había tormenta, su abuelo le contaba la historia del origen del maneki-neko. "Durante una noche de tormenta - decía su abuelo- un guerrero tuvo que refugiarse bajo un árbol cercano a un templo. De repente, vio un gato en la puerta del templo haciendo señas con la patita para que se acercara. Justo en el momento en el que el hombre llegaba al templo, un rayo fulminó el árbol".

Uno de los momentos que mejor recordaba fue el de su doce cumpleaños. Sus padres le regalaron un daruma. Un muñeco redondo, sin brazos ni piernas, y sin los ojos pintados. Debía dibujar uno de los ojos y pedir un deseo. Cuando éste se cumpliera, debía pintar el otro. La niña sólo pidió que su abuela se repusiera de la enfermedad que la tenía en cama desde hacía semanas. El día que su abuela volvió a levantarse, pintó el otro ojo.

A partir de su doce cumpleaños su vida fue menos agradable. Apenas volvió a salir de la casa, la instruyeron en las artes de servir el té, en el baile tradicional, etc.

El alma, al volver, no quiso recordar más. Se quedó con aquello, y por supuesto con el último suspiro que dio, con aquel precioso y pequeño bebé entre los brazos. Entonces pensó que jamás podría olvidar aquella sensación, por muchas vidas que pasaran ante ella, era algo que le quedaría siempre. Aquella sensación, aquella inmensa tristeza, un dolor horrible, el peor de todos, porque el cuerpo allí quedaba, y con él todos los dolores y daños sufridos, como por ejemplo el día en que su marido tiró el té, porque ella se lo había servido demasiado caliente, provocando una marca que nunca se borraría en su mano izquierda. -No lo pienses, olvídate, olvídate-. Pero aquel otro dolor era demasiado grande para ni siquiera pensar en olvidarlo, porque a Aiko le dolió en el alma ver a su pequeño bebé sin moverse, sin respirar, sin abrir sus ojitos. En ese mismo instante murió, quedando el dolor para siempre en ella.

La siguiente fue borrosa, pero no hubo dolores, ni grandes penas, tan sólo una sensación final, de libertad. Recordaba correr entre los árboles, ver los rituales del brujo de la tribu. Recordaba la cara de su mejor amigo, recordaba el cielo, y recordaba aquel hom-

bre con extrañas vestimentas, apuntándole con un extraño objeto que reflejaba los rayos del sol, de manera totalmente diferente al agua, y aquel estruendo antes de que todo se desvaneciera.

Tardó más que otras veces en volver. Se dejó caer en un sitio donde las demás almas no pudieran observar su presencia. Estaba confusa, cansada... La vida era dura, nunca como uno la espera. "Es bella a veces -se dijo,- Horrible la mayoría. Depende de quién seas".

El alma volvió a vivir. De aquella vida hubo un fragmento que recordaba con especial claridad y que a menudo le había rondado la cabeza, sin saber muy bien por qué, pues era una escena cotidiana.

-¡Ay!- se quejó, intentando no coger ni una pizca de todo el aire que había expulsado.

-No te quejes, niña- le había dicho su criada mientras le anudaba los cordones del corsé sin compasión alguna. Si no comieras tanto dulce... no nos tendríamos que esforzar tanto para que parecieras una señorita presentable.

Era Navidad. En Londres, cubierto de nieve, se había organizado un gran baile para celebrar la llegada del 1896. Por ahí andaría un tal *no-sé-quién*, hijo de *no-sé-quien-otro*, que tenía negocios con su padre. Pretendían casarles. Alice se miró al espejo. "¡Esto es una cinturita de avispa! A Donald Doyle le encantarás", exclamó el ama de llaves. Ahora ponte el vestido, ten cuidado, que no se te quite la pintura de la cara. Alice suspiró, apartándose uno de los tirabuzones que le caían sobre la cara. Intentó coger aire para tranquilizarse, pero se dio cuenta de que no podía coger aire. Era como no tener pulmones.

Al menos, después de eso, la dejaron volver a la academia para señoritas, donde la instruían en algunos aspectos: un poco de fran-

cés, un poco de historia, cómo sentarse, cómo comer, otro poco de geografía, por qué eran superiores los ingleses, otro poco de cómo comportarse... Su materia preferida era la historia. Le había encantado lo que Ms. Cooper les había contado sobre el antiguo Egipto, una fascinación especial la invadía cuando hablaban de ello. Igual que deseaba, sin entender muy bien, irse al nuevo mundo, América, "para investigar". Se lo decía una vocecita en su cabeza.

Todos los días acudían a la capilla, a escuchar misa y realizar sus plegarias. Si no, Dios las castigaría. Por un lado odiaba las fiestas, llenas de cotilleos, falsedad, y asuntos superficiales. Por otro, no podía negar que le encantaban aquellos preciosos vestidos que le compraba su madre. Una de sus compañeras le había enseñado algo para aguantar las largas charlas de té y pastas: el té aguado, templado, para evitar picar. Murió muchos años después, siendo una anciana, sin ni siquiera un hecho más que le apeteciera recordar en esa aburrida vida.

Otro viaje del alma. ¿Otra vez? Dado que no fue algo inmediato, el alma pudo reflexionar. Pensó que el mundo avanza, que cada vez va a mejor. Quizás su próxima vida fuera más placentera. ¿Qué cultura le tocaría esta vez?

Temblaba, temblaba, temblaba mucho. No podía entender nada ¿Qué era aquel mundo? Tenía una extraña sensación, se sintió vieja, muy vieja. Se sintió sabia, pero también estúpida porque nada de lo que se le pasaba por la cabeza tenía sentido "¿Qué estupidez es ésta en la que he caído?" Se sorprendió al pensar eso "¿Acaso el mundo no avanza?" Otra vez se sorprendió. Estaba atrapada en esa cruel sociedad, o tal vez era ella la que se dejaba atrapar.

Se encogió un poco más. Estaba sentada en un banco de madera, abrazando sus finas piernas, con la capucha del abrigo puesta. Enfrente de ella, al otro lado de la calle, de vez en cuando pasaba algún coche escupiendo humo. Apareció un grupo de jóvenes, todos tendrían más o menos su edad, llevaban bolsas de plástico. Les envidió, por poder divertirse, aunque no estaba segura de qué diversión tenía aquello. Consumismo, ésa era la cultura que le había tocado vivir, la cultura del consumismo: comprar, tener y comprar. Dinero, trabajo, alcohol, evasión y violencia, aunque eso lo había habido siempre, según decía el profesor de historia. "Pero estamos ya en el siglo veintiuno, hay cosas que deberían mejorar", dijo otra vez para sí misma.

Echó a andar... pasó por los escaparates de las tiendas, no lo podía negar, a ella también le encantaba comprar, le encantaban los vestidos que lucían los maniquíes (el único problema es que a ella no le quedaban tan bien). Entonces levantó la cabeza y vio un gran cartel publicitario. Una chica delgada llevaba un vestido precioso. Su boca, de labios carnosos estaba entreabierta y sus ojos, grandes y azules, rodeados de maquillaje. Prefirió no mirar. Esa chica no existía en el mundo real.

Miró a su alrededor, y odió el mundo que le había tocado vivir. Había gente muriéndose de hambre en África, con enfermedades que aquí curamos con una pastillita. Había gente muriendo en las guerras de oriente, mujeres que no podían salir a la calle, y si lo hacían, debían ir cubiertas totalmente, lo justo para no morir asfixiadas entre sus tupidas ropas. Ricos talando los pulmones del mundo, en el Amazonas. Tal vez el error era saber lo que ocurría tan lejos...Pero no hacía falta irse tan lejos. A un chico de su clase, los compañeros le pegaban, se reían de él y le insultaban, sólo por

no ser tan guapo y tan engreído como ellos. La vecina del quinto lloraba todas las noches, suplicándole a su marido que no la volviera a abofetear, repitiendo que lo sentía mucho. Aquel día había visto en la tele cómo un grupo de inmigrantes había llegado a la costa en terribles condiciones. Tan sólo un superviviente, que sería devuelto al sitio del que había dado todo por escapar. A continuación mostraron a una cantante norteamericana que había suspendido su concierto porque los zapatos de tacón no hacían juego con su vestido y miles de niñas histéricas salían llorando desconsoladas del estadio. Pero, por supuesto no todo era malo. La humanidad seguía avanzando. Un médico había conseguido hacer un trasplante múltiple a un hombre que había sufrido un grave accidente; el hombre se recuperaba sin dificultad.

Quizás el problema fuese que la cultura en la vivimos no nos enseña a valorar lo realmente importante. La primera plana la ocupaba el nuevo supuesto novio de la exmujer de un torero. Aquella mañana Jenny, su amiga, la había llamado muy preocupada, porque Carlos no le había contestado al mensaje de móvil. Le repitió una y otra vez que debía ser la persona más desgraciada del mundo. Ella asintió resignada.

No es que el mundo fuera ahora peor que nunca, porque siempre ha habido cosas malas, errores, cosas que no deberían ser como son. La técnica no está exenta de fallos. Pero deberíamos haber sido capaces de aprender algo con el paso de la historia. Antes habían aparecido almas luchadoras que intentaron conseguir derechos y libertades, pero ahora vivimos alienados. Muchas veces seguimos sin ser libres, ésta es la cultura del consumo, de la televisión, de la imagen, de centrarse en las cosas superficiales, porque éstas no duelen tanto como las reales.

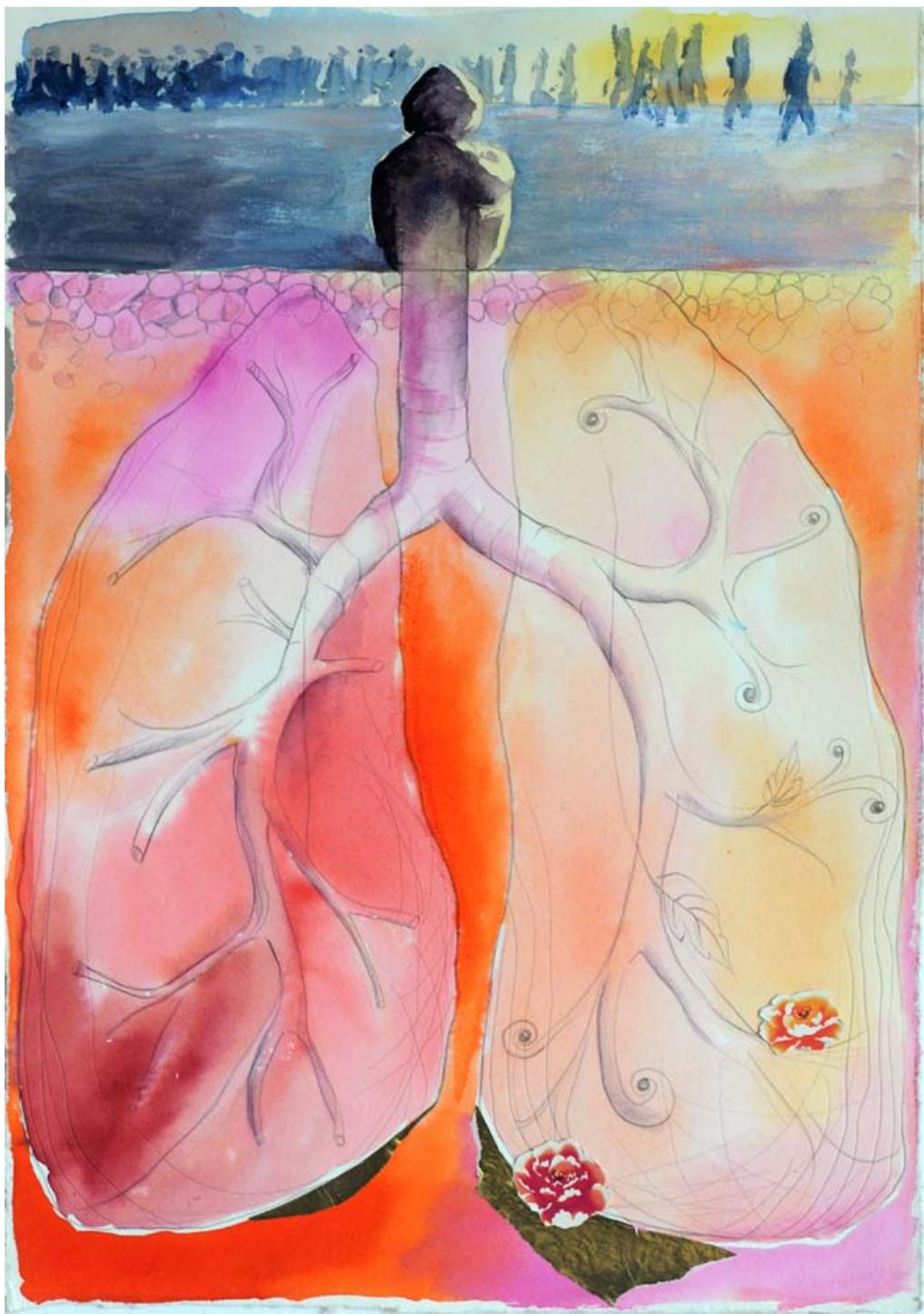
En el mundo siguen los conflictos entre religiones, las diferencias sociales... Tal vez es lo que implica la diversidad de culturas, o tal vez llegue un día en que podamos comprendernos y respetarnos. Pero ¿cómo saber qué es lo correcto e incorrecto de cada tradición, de cada creencia? Tal vez sólo hace falta una cosa: respeto.

Consiguió salir de todos estos pensamientos que le aturdían y durante un segundo regresó al mundo que le rodeaba. Le gustaba ver a la gente en las terrazas, bebiendo una cerveza y charlando sobre el último viaje, sobre sus hijos o sus padres o pequeñas cosas de la vida cotidiana.

Una madre pasó con su hija cerca de ella. La niña quería mendrar un pastelillo "¿No te parece que deberías comer menos guarrerías, o es que quieres ser una gorda para siempre? Date prisa, que tengo que llegar al trabajo y le dices a la abuela que te prepare algo en condiciones". Prisas, todo el mundo tenía prisa.

No se sintió con fuerzas para seguir andando. Se dejó caer al suelo intentando no hacerse daño. Nadie pareció darse cuenta. Se tumbó y cerró los ojos para intentar coger fuerzas. Notó de repente un calor acogedor en la cara, un rayo de sol había conseguido escapar de las nubes que habían bañado el cielo desde hacía horas. Sonrió y abrió los ojos, adoraba sentir el sol en su piel. Enfocó la mirada, parecía un momento ideal. El rayo de sol se reflejaba sobre las ventanas de los edificios del siglo diecinueve, la gente pasaba de un lado a otro. Una pareja (él de color y ella rubia con ojos verdes) iba de la mano. Un hombre tocaba una pieza de Mozart y un niño le puso una moneda en el estuche del instrumento. Luego se quedó escuchándole un rato. Una chica

iba mirando las últimas noticias en su móvil 3G. Un grupo de chicos y chicas se reían, contaban sus cosas y se volvían a reír. Pensó que le gustaría quedarse allí para siempre. Entonces se incorporó un poco y cogió la mochila que llevaba. Sacó el cuaderno y un lápiz. Apoyó la espalda en la pared y se puso a pintar aquel momento. Sonrió al terminar. Cerró los ojos de nuevo. Y se dijo que también todas las culturas del mundo tenían algo en común, todas creían en el alma.



Las huellas del pasado

Serena Otero Luque

Aula Hospitalaria del H. Nou Barris (Barcelona)

Siento la arena entre mis dedos. Camino y camino...hasta llegar a la orilla del mar. Veo sus rostros reflejados en las claras aguas. Intento ir hacia ellos pero las olas los desvanecen, van y vienen pero no me dejan tan siquiera tocarlos. Vuelven los recuerdos. Todo se vuelve gris. Entonces, mis pies se adentran en el mar, hacia ningún lugar...

De niña, cuando iba con mi familia a las hermosas playas de Tánger, recuerdo cómo mi buen padre, que Alá tenga en su seno, se empeñaba en adentrarse en el mar un poco más conmigo sobre sus hombros y, señalando con una mano la otra ribera, me decía, ilusionado: "Allí se cumplirán nuestros sueños, viajaremos todos y, si Alá así lo quiere, seremos felices". Recuerdo el sol, el mar tan azul, las gaviotas, los otros niños, los barcos pesqueros... y una ilusión, el calor de las palabras de mi padre. Creo que es una de las pocas veces que recuerdo verle feliz al mirarme.

Recuerdo también la imagen de mi querida madre, que siempre se quedaba en la orilla. Al contrario que mi padre, su mirada entonces no se dirigía a esa extraña y deseada tierra, sino que me miraba a mí de una manera muy triste. Yo la llamaba para

que se uniera a nosotros en el agua, pero mi padre ni siquiera la miraba... Como ayer, me parece que las olas me alejan de un ser querido. Entonces, sin saberlo, me alejaban de mi madre. Hoy me alejan de mis sueños, ya imposibles de alcanzar.

Mi pena se agranda con el recuerdo, porque ahora ya no veo en estas aguas su brillo, ni el azul del cielo que siempre está nublado, sólo suciedad. Los barcos son tan grandes aquí que me dan miedo y hasta las gaviotas se marchan tierra adentro. Las risas de los niños quedan sepultadas por el estruendo de coches, coches y más coches... Ruido, tanto ruido. La tan deseada tierra de mi buen padre, al cabo de los años me ha descubierto un presente de soledad, comprendiendo, para mi pesar, la tristeza de la mirada de mi querida madre cuando la sorprendía en la orilla de la playa de Tánger, al descubrir que la felicidad es un sueño que no está al alcance de la mujer.

Mis lágrimas de dolor son como piedras lanzadas contra mi corazón. Parece una eternidad, pero han pasado unos cuantos años casada ya con el que es mi marido, Hassan, que nos trajo (a mis suegros, a mis hijos y a mí) a España, la tan deseada tierra de mi padre, en busca de una vida mejor, si Alá así lo quiere. Nos instalamos lo más cerca posible de la frontera con Francia, en Barcelona, en el barrio del Raval, ya que últimamente se habían endurecido mucho las medidas para poder emigrar a otros países de Europa.

Las cosas no iban muy bien para los considerados extranjeros, muchas cosas nos separan cada vez más de los europeos. Por lo menos eso es lo que consigo entender de las conversaciones que mantiene Hassan, mi buen marido, con sus amigos en el come-

dor de mi hogar cuando se reúnen para tomar el té. Las cosas no van muy bien y, por el tono de crispación y los gritos entre ellos, parece que van a ir a peor.

Lo cierto es que los primeros meses fueron bastante agotadores... Tantos cambios, ¡es todo tan diferente! La rutina de tantos años de mi querido hogar en Casablanca de poco han servido en este lugar de Barcelona.

Recuerdo a mi madre preparando la comida y yo a su lado cortando las ramas de madera para el horno, conversando... ¡Que diferente a como se prepara la comida aquí! Es todo tan moderno que, después de preparar la comida para Hassan y mis tres hijos: Alí, Dris y Jemal -el mayor-, me doy cuenta de que he estado sola en la cocina y que, prácticamente, no he hablado con nadie mientras preparaba la cena. Bueno, con Hassan tampoco es que hable mucho, no es muy partidario de conversar de ciertos temas con la mujer, simplemente porque no la considera preparada para ello. Mis suegros, Ahmed y Aixa, apenas hablan. Ahmed se marcha a la calle a fumar -¡menos mal!- y Aixa permanece largo rato frente a un televisor que no entiende, ni sabe utilizar el mando, ni comprende a la multitud de personas que salen hablando (o gritando) en la pantalla. Al principio lo creía ignorancia, pero creo que es más bien resignación a permanecer entre cuatro paredes en una tierra que le es ajena por completo. Tampoco recuerdo que mis padres tuvieran muchas conversaciones, más bien lo que sí recuerdo es a mi padre con sus amigos en la tertulia de las tardes y a mi madre con sus amigas murmurando en una habitación de nuestro hogar de Casablanca...

Hoy, en cambio, en este piso del Raval, parece que se repite el ayer. Pero, quien de verdad me preocupa es Jemal, quien prota-

goniza sus primeras peleas con su padre porque se marcha por la mañana y ya no vuelve hasta por la noche. No sé con quién va o a dónde acude. A mí no me cuenta nada, sólo escucho las cada vez más frecuentes peleas con su padre, al que le he sorprendido levantándole la voz. Temo un día la reacción de Hassan...

Me preocupa el brillo en los ojos de Jemal, me recuerda a mi buen padre cuando me miraba señalando la orilla a lo lejos y la esperanza que veía en sus ojos... Temo esa mirada, sé que algún día se hará realidad.

Sólo que en Jemal esa ilusión me parece codicia ante todo lo que descubre y le era desconocido en nuestra pobre pero añorada tierra de Marruecos...

Hace pocos días, alarmada por su ausencia y mientras Hassan dormía, bajé al portal a ver si venía Jemal y lo sorprendí de rodillas, agotado, imagino por las arcadas de todo lo que había bebido. Dos jovencitos que lo acompañaban se disculparon y salieron corriendo calle abajo. Lo subí como pude a su habitación y lo acosté. Tardé horas, entre lágrimas, en lavarle la ropa y quitar ese horrible olor. ¡Alá, si Hassan descubre a su hijo borracho! Lo mata de la paliza por la vergüenza que le hubiera hecho sentir.

Puede que no sean más que temores a lo que en realidad no conozco demasiado bien. En esta tierra hay que aprender deprisa, saber por dónde está el mercado, situarme en estas calles para llevar a los pequeños Alí y Dris al colegio, aprender el sentido de tantas señales, rótulos, comprender este idioma y unas leyes que en mi tierra son poco menos que impensables...pero sobre todo intentar entender a Jemal, el mayor, porque siento que cada vez se aleja más de mí sin que ni tan siquiera logre entender su pensamiento.

A mis suegros en cambio no les gusta muchas cosas de lo que ven y no sé si podrán aguantar mucho tiempo aquí. Les asusta este nivel de vida incomprensible para ellos, no crecieron como mis nuevos vecinos españoles, envueltos en tantos derechos, libertades y contradicciones que no conocíamos en Marruecos.

Después de algunos meses me costaba hablar castellano, pero más o menos me hacía entender cuando iba al mercado. Casi siempre, los días que salgo, me miran de arriba a abajo y algunos hasta apartan la mirada. Lo sé, llevo un *hiyab* y me cubre todo el cuerpo... pero, ¿por eso me miran así? Tendría que ser yo quien tendría que avergonzarme de cómo van las mujeres de este país, ¿pero cómo pueden ir así? No logro acostumbrarme a la ligereza, no ya de las madres, sino de sus propias hijas. No veo el respeto a los mayores por parte de los jóvenes. Y lo de la televisión... Temo que Hassan llegue a prohibir que Dris y Alí vean los programas sin su presencia.

Un día, tras acompañar a los niños al colegio y viendo a otras madres, me lo planteé, ¿cómo sería salir a la calle sin *hiyab*? Sería... ¿libertad? Pero sólo de imaginar la reacción de Hassan o la de mis hijos, alejo la idea como si fuera una barbaridad.

Este país me está volviendo loca, no resulta fácil elegir mi camino. Regresaba a mi casa cuando, al cruzar la Rambla, uno de los niños que jugaban junto al gran gato negro que se encuentra sobre la acera, enredando en su enorme cola, interrumpe sus juegos atraído por mi presencia y le grita a su madre:

-Mamá, mamá, mira, ¿por qué va así esa mujer?

-Shhh, Luis ven aquí, no te acerques, ¡ven!

Agaché la cabeza y aceleré el paso, fingiendo no oír nada. Otra vez los comentarios, si no son las miradas... Sólo cumplo con mi cultura y religión. ¿Cuándo aprenderán eso? Por lo visto lo que ocurre en este barrio les parece más normal, con esas mujeres que se ofrecen a los hombres ¡a plena luz del día! Con esos vestidos y esas miradas... ¿Cómo protejo a Jemal de la tentación? Los niños no salen mucho, se quedan en casa pero siempre peleando por el dichoso ordenador, donde se pasan las horas en Internet, o escribiéndose -¿cómo lo harán?- con sus amigos de Casablanca, con un lenguaje que no entiendo muy bien, o escuchando música... y yo atenta a que estudien o que salgan para comer.

Pero lo peor de todo viene por la noche, con todos esos chicos y chicas que vienen a beber y a emborracharse precisamente aquí, a nuestro barrio, con los locales abiertos y la música a todo volumen sin respetar nuestro descanso, con los gritos de los turistas, las carreras, las peleas y la policía con sus sirenas de madrugada... ¿Y me miran a mí? ¿Qué tendría que decir yo de lo que veo, de los indecentes que se orinan o vomitan en las esquinas o portales aunque estés delante, de esas mujeres casi sin ropa y de los malditos que trafican con droga? ¿Cómo enseño la virtud ante la vida a mis hijos? Que Alá confunda a aquel que goce con esta vergüenza que atenta diariamente contra nuestra dignidad...

A pesar de nuestras penas, la vida podía en ocasiones sorprenderme por su extrema crueldad. No hace mucho estaba en mi cocina con dos vecinas, Amina y Fátima, haciendo de comer porque se celebraba la venida de Holanda, a donde tanto suspira Hassan poder llevarnos algún día, porque allí tiene a su hermano Yassin, felizmente instalado y le va francamente bien por lo que me comentan. Teníamos el comedor a reventar de hombres fumando

y riendo. De repente se quedó todo en silencio y Amina fue a ver qué ocurría. Volvió con la cabeza agachada y yo, preocupada, fui a ver qué estaba pasando. Asomada desde el umbral de la puerta del comedor vi como los amigos de Hassan contemplaban serios las imágenes que daban en el televisor, en la hora que emiten el *telediario*.

“Última hora: La presión a nivel internacional ha logrado detener temporalmente la sentencia de muerte de Sakineh, la mujer iraní condenada por adulterio y complicidad en el asesinato de su marido. La pena por lapidación es sustituida por la de ahorcamiento por parte de los ayatollahs que la juzgan. Lo que parece irreversible es su condena a muerte que puede llevarse a cabo en cualquier momento. Y ahora los deportes con Sara...”

Empecé a palidecer pidiendo a Alá que me perdonase, no tanto por lo brutal de la noticia como por los comentarios que escuchaba a los hombres, oculta tras el umbral de la puerta. No discutían la culpabilidad de esa pobre mujer, ni si el castigo era excesivo dado que vivimos en una sociedad que no aplica la pena de muerte a los condenados, sino lo que de verdad me atemorizó fue que todos parecían celebrar semejante barbaridad. Incluso hubo quien lamentó que no se la matara a pedradas por el pecado cometido contra su pobre marido. A continuación hubo un debate en el televisor entre varios periodistas que criticaban semejante condena y la imagen que Irán daba ante el resto del mundo. El hecho de que varios de esos periodistas fueran mujeres acabó de encender a los hombres. Berreaban como animales... Hassan fumaba y callaba. No decía nada. Y me puse a pensar ante esa reacción: ¿Qué da más temor? ¿Los que gritan e insultan o el que mira y calla?

Me reuní con Amina y Fátima en la cocina, nos miramos a los ojos durante unos segundos y, en silencio, dimos de comer a los hombres...

Aunque no lo quisiera ver, lo cierto es que el día a día, era cada vez más complejo, o es lo que me parecía a mí. La rutina de mi familia en Casablanca no tiene nada que ver con la que hace años vivieron mis padres, que Alá los tenga en su seno, más preocupados por la supervivencia y la provisión de comida. Mi madre cuidaba las cabras y mi padre, con mis hermanos, iba a vender al mercado.

Hoy, en este país, la televisión, los diarios, las revistas, ese dichoso Internet al que se enganchan mis hijos, Dris y Alí, durante horas, informan de lo que ocurre en el mundo a todas horas. ¡A todas! Se informa de todo y de todos, pero no me parece que aumente la sabiduría de la gente, sino su confusión. Me imagino por un momento a mis hijos y a sus amigos en sus habitaciones, frente al ordenador. A los ancianos que, como mis suegros, enmudecen porque no saben qué hacer mirando al vacío. A los hombres, como Hassan, cada vez más ausentes ante la inseguridad del presente, o las mujeres sentadas en la cocina, reducidas a su papel de siempre...Y me resulta todo tan extraño, como si cada uno buscara su sitio pero, sin saberlo, estuviera cada vez más solo.

Mientras distraigo mis penas con estos pensamientos, miro por la ventana de mi piso que, por fortuna, da al puerto y contemplo el mar, sus olas en la orilla que tanto deseara mi buen padre hace años...Pero el ensueño dura poco. El sueño de mi padre de una vida mejor en "la otra orilla", se desvanece ante la dura realidad de nuestros días.

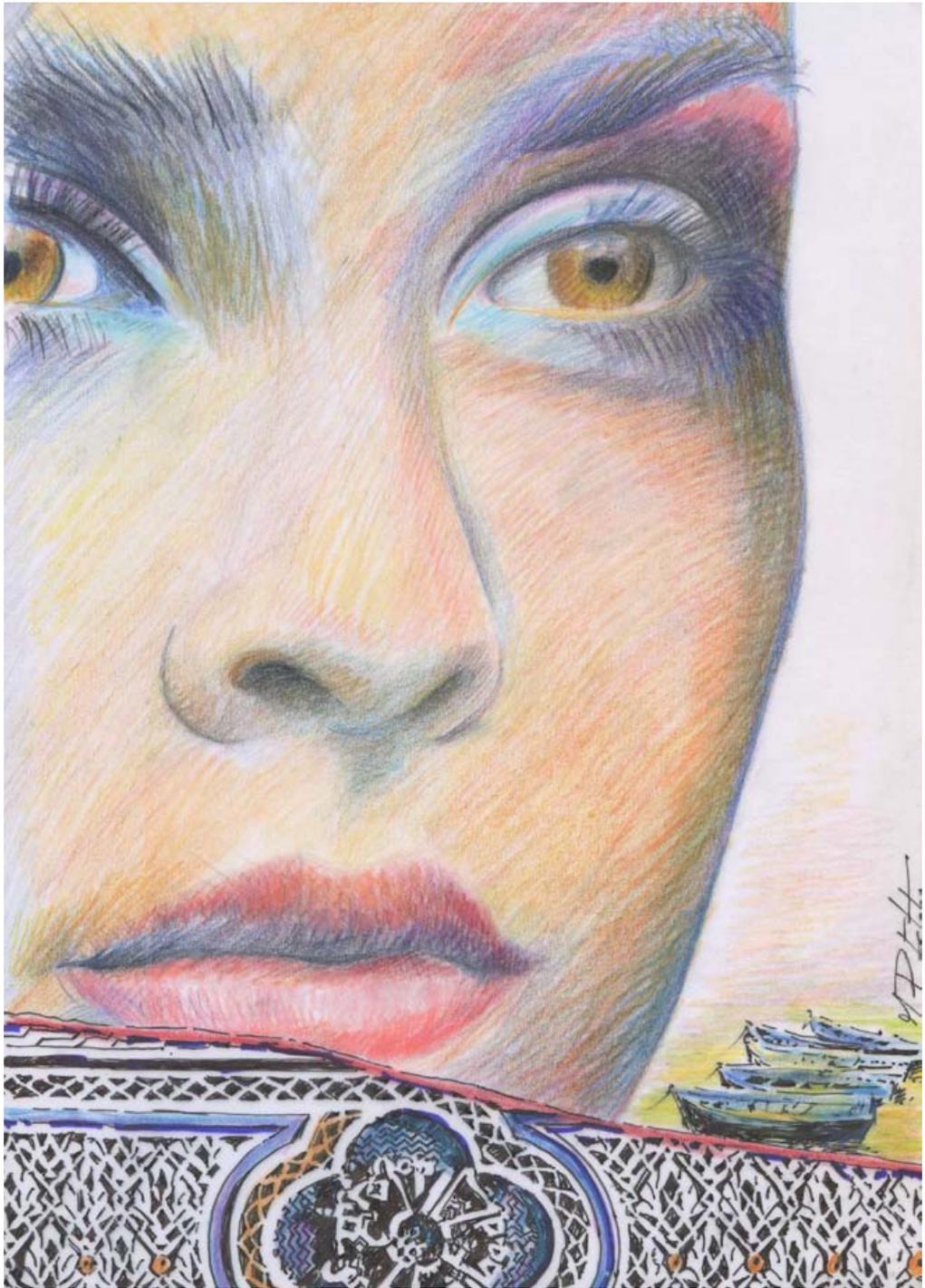
Creo comprender al fin la preocupación de Hassan y sus prolongados silencios, su ausencia a pesar de las conversaciones de sus amigos o el griterío indignado ante un suceso, como ocurriera hace unos días con las noticias que nos llegaban del Sahara, jese triste desierto que sólo nos ha traído desgracias durante tantos años! y en donde parece, por lo que escucho por la radio, acaban de producirse graves enfrentamientos entre policías *marroquíes* y *saharauis*. La ira de los hombres en el comedor contrasta con la preocupación de mi marido ante los despidos y cancelaciones de licencias en las obras, porque es la construcción el oficio de Hassan, como la de la mayoría de sus amigos. No hay dinero, poco trabajo pero sí muchos solares, andamios vacíos y casas tapiadas en el barrio.

Cuando nos reunimos las mujeres en la cocina a preparar el té a los hombres, me doy cuenta de que cada vez es más frecuente la presencia de los amigos de Hassan en nuestra casa por el volumen que se escucha de sus conversaciones. Hay preocupación en sus miradas porque no parece que la situación vaya a mejorar, sino todo lo contrario, empeora por momentos. Hassan propone viajar a Holanda, en busca de la ayuda de su hermano Yassin, pero él sólo, pues no hay dinero para que se traslade toda la familia, que incluye a dos ancianos y tres hijos. La idea no me hace feliz, pero Hassan ha decidido partir. Ahora no se trata de cumplir un sueño, sino de la obligación de alimentar a una familia en estos días tan tristes. Esperaré su llamada.

A los pocos meses de partir mi marido, mis suegros, Ahmed y Aixa, deciden regresar a Casablanca. Nada les retiene aquí. Me quedo sola con los niños y Jemal, quien parece vivir otra realidad. Apenas le veo y cuando lo hago sufro, no porque ya me ignore

abiertamente, sino porque siento haber fracasado al no entenderle, al reconocer que mi propio hijo es un extraño para mí, y, como un fantasma, recorre mi hogar atravesando mi alma sin poder retenerlo...

Fantasmas... Paseo sola por la playa para aliviar mi tristeza y, pisando la arena, al recordar las huellas en la arena de mi padre en la playa de Tánger, comprendo ahora la mirada de pena de mi madre cuando se quedaba en la orilla mirándonos, porque entonces ya sabía que las olas de la vida borraban el rastro de los sueños. Mi camino hacia la vida quedará marcado por mis huellas pero mi rastro será borrado, no podré volver al pasado, no viviré la vida que me marcaron. Pisando el olvido me adentro en el mar...



Libre

Daniel Tornero Yepes

Aula Hospitalaria del H. Virgen de la Arrixaca (Murcia)

Suspiró. Habían pasado ya varios días desde que enviara la carta, y todavía no había recibido respuesta. Se asomó a la ventana y observó el paisaje. Su cultivo de arroz estaría pronto listo y las rosadas hojas del Sakura (almendro) comenzaban a asomar por los blancos troncos. Las nubes por fin dejaron paso al sol y un haz iluminó el rostro de la mujer, bello en el pasado, pero ahora surcado de arrugas. Los adornos metálicos del pelo destellaron al recibir la luz, Ya eran pocas las mujeres que los llevaban y sólo las personas que habían nacido antes del ataque a Hiroshima podían darse cuenta de la paulatina pérdida de tradiciones que había experimentado el país. Ya nadie contaba las antiguas leyendas, los samuráis eran meros reclamos turísticos y la tranquilidad y la paz que siempre había caracterizado la filosofía de los habitantes de oriente se habían enturbiado por el capitalismo estadounidense. Ante aquella degradación de los valores tradicionales, Honoku había decidido pasar sus últimos años aislada del mundo, en un retiro espiritual antes de que la muerte se abatiera sobre ella. Sin embargo, antes de que llegara ese momento tenía que zanjar un asunto que tenía pendiente desde hacía muchos años: su hija, a

la que había abandonado hacía casi cincuenta años por no poder ocuparse económicamente de ella. Tomar aquella decisión había sido muy difícil, pero comprendió que era lo mejor para las dos. Su hija tendría una oportunidad de ser libre, algo de lo que Honoku jamás podría presumir, y ella podría olvidar a aquel hombre con el que había pensado pasar el resto de su vida.

No fue hasta después de treinta años cuando Honoku, ya disponiendo de la suficiente cantidad de dinero y retirada del que había sido su deshonroso modo de vida, decidió buscarla. Había sido muy difícil dar con ella, porque no sabía ni su nombre, ni su dirección, pero tras varios años de búsqueda había dado con ella. Ahora se llamaba Nagisa Yumenara y había sido acogida por una familia japonesa del sur de Tokio. Para Honoku fue difícil redactar la carta, pero le estaba resultando muchísimo más complicado esperar la respuesta. Consciente del nerviosismo que le recorría el cuerpo, procedió a relajarse recortando su bonsai, una actividad que siempre había producido un efecto sedante en ella. Sin embargo, en esa ocasión no la calmó y, tras darse cuenta que estaba destrozándolo, decidió dejarlo y volver al interior de su casa, donde se entregaría a la lectura. Con esa idea en mente descorrió la puerta de papel que llevaba hasta el salón, pero justo cuando había elegido un libro llamaron a la puerta. Intentando no tropezar con el kimono corrió a la entrada y abrió. Un cartero uniformado de azul le entregó una carta y esperó; Honoku siempre había preferido recibir las cartas en mano, como tradicionalmente se hacía. Aunque eso no era lo habitual, las propinas de la anciana eran razón suficiente para hacer el esfuerzo. Tras complacer al cartero con unos yenes, Honoku volvió a la casa y abrió el sobre...

Al cabo de dos días, Honoku saludó a su invitada haciendo la reverencia tradicional:

-Buenos días -dijo Honoku.

-Buenos días -respondió la mujer.

La anciana procedió a inspeccionarla con la mirada. Definitivamente había heredado su nariz respingona, pero los ojos, los ojos eran de él. La mujer, al sentirse algo violenta por el escrutinio, carraspeó intentando llamar la atención de Honoku.

-He venido con intención de ocupar el puesto que ofrece, ser su cuidadora, tal como me informó en su carta.

Honoku se sorprendió al ver lo directa que era y la rapidez con la que había sacado el tema, y sonriendo contestó:

-Ah, claro, pero antes tomemos un té. Acompáñeme.

La anciana guió a la mujer hasta el comedor, donde los cojines, el té y el incienso estaban preparados. La habitación parecía haberse congelado en el tiempo hacía medio siglo.

-Siéntese -la invitó Honoku.

Perpleja por la decoración de la sala, la mujer se sentó.

-Como comprenderá, antes de aceptarla necesito saber un poco de usted- empezó Honoku sonriendo divertida, mientras servía el té.

-No hay problema -respondió ella- Me llamo Nagisa Mitsumi, tengo cuarenta y nueve años, estoy casada y tengo dos hijas.

-¿Y sus padres?

-Mis padres eran Itsuki y Yuri Mitsumi.

Honoku guardó silencio ante la respuesta, su hija no sabía nada de sus orígenes, no sabía que era adoptada.

-Y, perdone la pregunta, ¿estaría dispuesta a alejarse de su familia para conseguir el puesto?

-La situación actual no me permite dudar- respondió aludiendo a su bajo nivel económico.

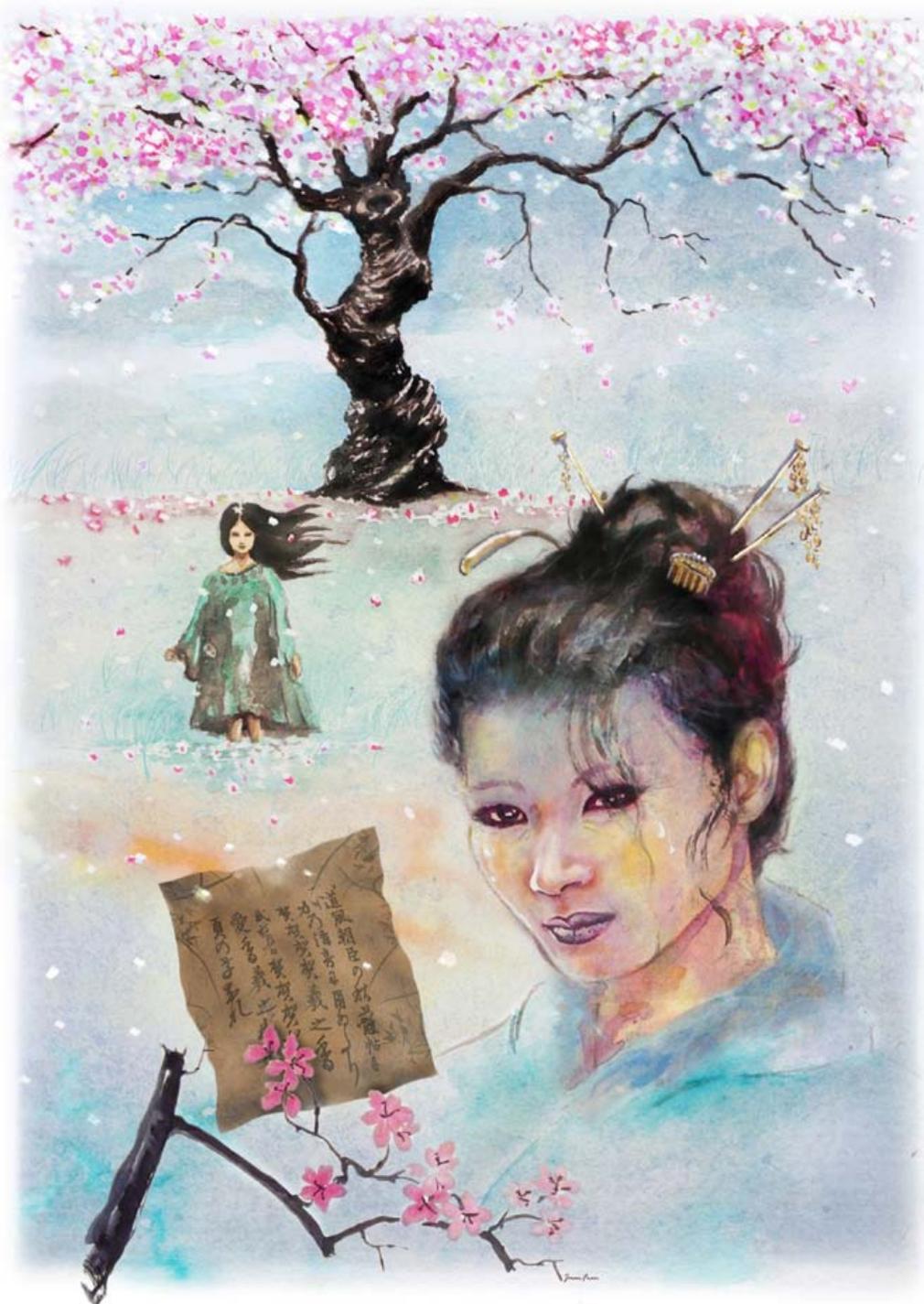
-No obstante, mi marido, mis hijas y yo nos queremos lo suficiente para saber que la distancia no es un obstáculo.

Honoku asintió y una vez más observó a su hija. Eran tan distintas... pertenecían a tiempos diferentes. Ella vivía en el glorioso pasado japonés y Nagisa era el reflejo de la sociedad moderna, donde la tecnología y la agitación se entrelazaban creando un modo de vida muy diferente al suyo. Además, su hija era feliz con un hombre al que amaba y con una familia que la quería, y estaba dispuesta a renunciar a todo eso para poder mantenerla. Admirando su determinación y viéndose reflejada en ella por la situación que su hija estaba atravesando, Honoku tomó una decisión.

Tres días después, la caída de las hojas de cerezo provocaba pequeñas ondas en el estanque y el reflejo de la anciana mujer se distorsionaba en las aguas. A las hojas se sumaron pronto las lágrimas de Honoku que, emocionada, contemplaba el amanecer. Había decidido no contarle nada a su hija, pues la había visto tan orgullosa de tener una familia, que no había tenido valor para contarle la verdad. Tras su visita había hecho todo lo necesario para que Nagisa lo heredara todo tras su muerte, algo que no tardaría en ocurrir.

Honoku, tras comprobar que tenía una hija maravillosa que era querida por su familia, se había dado cuenta de que ya nada le ataba al mundo, simplemente ya no pertenecía a él, y se preguntó si alguna vez lo había hecho. Su vida había estado marcada por decisiones duras y, aunque no todo habían sido tristezas, nunca había tenido aquello que había deseado con todas sus fuerzas.

Mientras el veneno le hacía efecto y cerraba los ojos por última vez, Honoku miró a los pájaros que empezaban a salir de sus nidos y anunciaban el nuevo día, tan libres como siempre, tanto como ella lo hubiera deseado ser.



Salvada en El Salvador

Ana Belén Abellán Bleda

Aula Hospitalaria del H. Virgen de la Arrixaca (Murcia)

Hola a todos, me llamo Samira y os voy a contar una historia que me ocurrió hace seis años. En ese momento estaba estudiando el último curso de biología y me dieron una beca para estudiar en El Salvador durante un año.

Cuando iba en el avión, mire por la ventana y vi muchas nubes y numerosos volcanes. Me parecieron muy interesantes y a la vez peligrosos. Sentía curiosidad y por eso decidí dedicar mi año a estudiar los volcanes.

Al día siguiente fui a explorar esas montañas que escupían fuego, vestida con unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta corta para soportar el calor. Tenía curiosidad por ver lo que escondían esas montañas y fui a lo más alto del volcán más cercano para poder ver la lava desde muy cerca. Me la imaginaba roja como el fuego y muy espesa. Cuando llegué al cráter del volcán me di cuenta de lo maravillosa que era, permanecí un rato mirando y me quedé hipnotizada. De repente me resbalé y caí al fondo del volcán. Justo cuando pensaba que iba a morir y que la lava iba a tragar mi cuerpo, una bandada de pájaros que volaban por

el cielo azul descendieron hasta sostenerme entre todos. Eran muy bonitos, con las plumas muy largas, y muy coloridos. Me transportaron a una playa y me dieron de comer una langosta para recuperarme.

A la mañana siguiente, un pescador me vio tirada en la arena, llena de cáscara de langosta. Pensé que todo había sido un sueño, y decidí contárselo al pescador porque estaba bastante confusa.

El pescador, muy anciano, escuchó mi historia atentamente. Me dijo que quizás había sido salvada por una banda de quetzales, un pájaro tropical de San Salvador que según los mayas eran pájaros sagrados, y que ahora se encuentran en peligro de extinción. En aquel momento decidí dedicar mi vida a crear una reserva de estos pájaros tan especiales, para que nunca desaparezcan.



En cualquier lugar y tiempo

Azucena Castaño Sánchez

Aula Hospitalaria del H. Morales Meseguer (Murcia)

EL PREMIO

Cuando tenía quince años, mi clase participó en un concurso de murales. Esos murales tenían que tratar sobre alguna cultura del mundo. Nosotros lo hicimos sobre la cultura egipcia y, a decir verdad, nos quedó bastante bien.

Mientras que unos se ocuparon de recoger información geográfica, otros buscaron información histórica y, algunos, mitos y leyendas sobre el lugar. Además, los mejores dibujantes del grupo hicieron dibujos sobre Egipto mientras que los demás poníamos imágenes sacadas de Internet.

El caso es que nos llevamos el primer premio. Nos habían dicho que sería un viaje cultural en el caso de que ganásemos, pero no sabíamos a dónde. Para nuestro asombro, fue a Egipto, el país del que habíamos realizado el trabajo. Pero no pudieron ir todos. El viaje se haría a finales de diciembre y, en esas fechas tan navideñas, la mayoría prefería quedarse en sus casas con sus familiares y amigos o irse de viaje a ver a sus abuelos... Finalmente, de veintiún

alumnos que éramos, solamente fuimos cinco. Por suerte, esto no importó para realizar el viaje, ya que el jurado comprendió la situación en la que se encontraban los demás y, no por ello, iban a cancelarlo para los pocos que sí podíamos y teníamos la ilusión de ir.

LOS GANADORES

Y allí estábamos el veintitrés de diciembre, en el aeropuerto de Barajas, esperando nuestro avión con destino a Egipto. Las semanas anteriores estuvimos discutiendo con la gente que participaba en el gasto del viaje para decidir si lo hacíamos en barco o avión. A mí la verdad es que me daba lo mismo. Pero tres de los cuatro restantes decían marearse mucho en barco... por lo que al final optamos por el avión, que, mirándolo desde un punto de vista positivo, tarda menos en llegar.

Era muy gracioso analizar a los cinco que nos íbamos. Empezaré por los chicos, Oliver y Fernando. No podían ser más diferentes entre sí. Además de que eran distintos físicamente (uno alto, ojos negros y rubio; y el otro no precisamente alto, ojos verdes y moreno). Mientras Oliver era el típico pelota de clase, que quería estudiar la carrera más difícil sólo para demostrar que él era el mejor, Fernando era también el típico chico con el pelo algo largo, que tocaba la guitarra eléctrica y quería montar un grupo en un futuro para ser *rockero*, dejando a un lado todo el tema de los estudios, a pesar de que se le daban bastante bien.

Luego estábamos las chicas: Elsa, Adriana (Adri) y yo, Catalina (Cata). Elsa, cabello negro y ondulado, la chica de la clase que se empeña en ser y parecer *Hermione Granger*. No es que me esté burlando de ella, pero es que fue la primera imagen que me dio cuando la vi. Y creo que a las demás también. Elsa intentaba ser dulce con

todos los compañeros y profesores, en ser muy lista y muy generosa... Adri, alta, con cabello rizado y rubio, la chica deportista. Ropa deportiva y deportes como único interés y pasión. Sin embargo, no era esa chica-chico también muy común de los institutos. No, Adri tenía novio y era muy femenina, a pesar de eso. Las clases no se le daban muy bien, sobre todo porque no le interesaban. Excepto educación física, claro. Su sueño, cualquier trabajo relacionado con el deporte. Y luego yo, Cata, pequeñita de altura y melena pelirroja y lisa. La ropa... para mí normal, por supuesto, pero para los demás, no. En el instituto me llamaban la *pijita*. Según los demás vestía de forma pija y me comportaba de forma cursi. Y por mi estatura, en vez de pija, le añadían el -ita. En fin, tampoco me importaba mucho cómo me llamasen. Por lo demás, sí, era buena estudiante, aunque no quería llevarlo todo con diez como Elsa u Oliver. En las materias que se me daban bien sí intentaba sacarme lo máximo posible, ya que sabía que podía si me esforzaba. Pero conocía mis limitaciones. Y esas limitaciones eran prácticamente todo lo relacionado con los números. Lo intentaba sacar también bien, pero hasta dónde sabía que podía. Y mi sueño... Bueno, eso ya es algo secreto.

EL VIAJE

En el avión los asientos eran de tres en tres. A mí me había tocado en el asiento de la ventanilla, teniendo al lado a Fernando y, al lado de éste, a Oliver. Detrás de mí estaba Adri y, a su lado, Elsa. Una mujer mayor se sentó a continuación de la pelinegra, pero gracias a que había asientos libres pidió permiso a una azafata para cambiarse en cuanto comenzamos a... liarla.

—Va a ser una experiencia fantástica —comentaba soñador Oliver—. Luego podré hacer una redacción para lengua y geografía

sobre este viaje y conseguiré puntos extras en ambas —dijo más para sí mismo que para los demás.

Oí un suspiro detrás de mí. Yo me limité a rodar los ojos. Se oyó una pequeña risita proveniente de Elsa. Fernando fue el que intervino:

—Tío, ¿no sabes disfrutar del viaje y ya?

—Fer tiene razón, pero Oliver también. Debemos tener un punto medio para divertirnos y aprender a la vez, esto es un viaje didáctico pero relajante, en el que...

—Oh, cállate por favor Elsa. A todos nos parece muy bien que quieras ser política, pero guárdate tus discursitos para ti —contestó el moreno, lo que hizo que no me pudiera contener una risa.

—Yo sólo intento ser madura sin olvidar que somos unos adolescentes que...

Se me escapó un sonoro bostezo que hizo que todos estallasen en risas, menos Elsa, claro.

—¿Te parece aburrido?

—Sí —contesté simplemente.

Esto sólo provocó más carcajadas por parte de los demás, excepto de Elsa, de nuevo.

—Vale chicos. Ya. Calma, por favor —fue Adri la que hizo de apaciguadora—. Hemos conseguido que la tía que estaba a nuestro lado se marchase —dijo intentado disimular una sonrisa, sin conseguirlo.

—Mejor. Echaba un olor... ¿Por qué no puede haber una norma en los aviones que no deje subir a nadie que no se haya duchado dos veces al día por lo menos?

Elsa siguió hablando y hablando de las “injusticias”, pero preferimos ignorarla. Adri se sacó una revista y comenzó a leerla. Oliver hizo lo mismo, pero con un libro. Fer sacó su mp4 y yo lo imité, el problema fue que estaba descargado. Se dio cuenta de mi problema y me propuso que escuchase música con él. Accedí encantada. De todas formas, se lo iba a pedir yo. Simplemente, no puedo vivir sin música. Después de ponernos cada uno un auricular en el oído, comenzó a sonar una canción de Lady Gaga, consiguiendo que cada vez las quejas de Elsa se oyesen menos, y menos, y menos...

SIEMPRE

Después de varias horas de avión, que aprovechamos para dormir, llegamos a Egipto, tierra de faraones, a las seis y media de la mañana. Ese día sólo nos dedicamos a ir al hotel donde nos quedaríamos durante una semana. Yo, entonces, era una de esas personas que creían que Egipto sólo tiene pirámides y arena, pero no. El lugar en donde nos alojamos parecía tan normal como cualquier sitio de España. Solo que, en algunos determinados puntos, podías distinguir una pirámide a lo lejos.

Elsa, Adri y yo compartíamos la misma habitación. Los chicos estaban en la siguiente y, los dos profesores que nos acompañaban, en frente de la de ellos.

Elsa se pidió la cama que daba a la ventana por razones que no quiso explicar, Adri se quedó con la del medio y yo con la última, que estaba pegada a la pared, por petición mía también, pues odio que el sol me despierte por las mañanas.

Aquel día sólo hacíamos bromas del viaje, aunque hubo alguna que otra discusión por tonterías. Fue al día siguiente cuando me di cuenta de algo que no había pensado nunca. Fuimos a hacer una visita turística a una de las pirámides cercanas junto a un grupo de turistas asiáticos. Yo no soy racista, mejor dicho, ninguno de los cinco lo somos, pero en aquel momento no pudimos evitar hacer unos pequeños chistes sobre el tópico de "los japoneses y sus cámaras de fotos". Al fin y al cabo, era cierto.

La pirámide era increíble. Merece la pena hacer un viaje a ese lugar. Pero, volviendo al tema, allí estábamos todos escuchando las explicaciones del guía. En ese momento estábamos viendo un jeroglífico en una de las paredes. Parecía representar algo de la agricultura. Entonces vi que Fer se alejaba del grupo. Decidí seguirlo. Al verme, me dijo:

—Prefiero verlo por mi cuenta. Esto me gusta, pero no todo — señaló hacia el jeroglífico de la agricultura.

Tenía razón, así que lo imité. Me fijé en la pared que tenía justo delante, en el dibujo que había en ella. Se dividía en tres partes. Arriba, estaba la figura de una egipcia, posiblemente una reina, que tenía gesto serio. Debajo de ésta, la misma figura, pero con menos volumen o, para que nos entendamos, como si esa reina hubiese adelgazado. El gesto seguía siendo serio. Finalmente, estaba la misma egipcia, pero aquí su cuerpo estaba dibujado con simples líneas, o sea, sin ningún volumen. Aquí no tenía gesto; en su cara sólo estaban dibujados los ojos. Me quedé un rato observándolo, abstraída.

—Ya —la voz de Fer sonó lejana, pero me sacó de mis pensamientos— Puede que sea lo que parece.

Entonces, él lo sabía. Pocas personas lo sabían. Y no porque lo quisiese esconder, pero tampoco me parecía muy lógico ir prego-

nándolo a los cuatro vientos. No me avergüenzo de haber pasado por la anorexia y, de hecho, estar saliendo de ella, pero tampoco es algo de lo que me sienta orgullosa.

—No es imposible que en esa época existiese —dije.

—No, claro que no —estuvo de acuerdo conmigo—. Ni el tiempo ni la cultura hacen que las enfermedades existan o no...

—Sólo hacen que se puedan tratar de una manera mejor o peor —concluí yo por él.

Tras un largo rato silencioso en el que los dos nos quedamos absortos mirando el dibujo, cada uno con nuestros pensamientos pero con un único punto común, Oliver nos avisó de que ya era hora de irnos.

—Chicos, el autobús va a salir hacia el hotel en cinco minutos. A no ser que queráis quedaros a dormir aquí, será mejor que vayáis saliendo.

Fer me rodeó los hombros con su brazo y dibujó una pequeña sonrisa en su cara. Le devolví la sonrisa.

La cultura egipcia es apasionante y me encanta, es increíble. Recuerdo que de pequeña estaba tan obsesionada con la tierra de los faraones que me gustaría haber vivido en aquella época. Todo cambió con este viaje. Por muy increíble que fuese y todo lo que hubiera que ver en ese tiempo, no lo cambiaría por la actualidad. No me malinterpretéis, sólo quiero decir que no lo cambiaría por el avance. Cierto que la civilización egipcia estaba muy adelantada en algunas cosas pero... ¿y en otras? Además... en aquella época no estaba Fer...

AHORA

Puede que la anorexia existiese desde la prehistoria, ¿por qué no? Que ahora sea el “boom”, como suele decir la gente, no sig-

nifica que antes no estuviera. Lo único es que ahora se conoce, y se tiene información sobre ella.

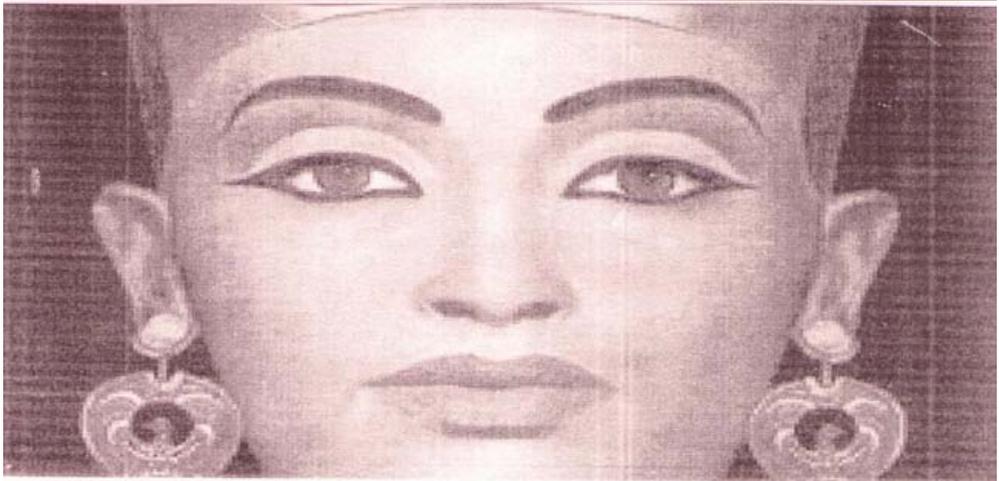
Puede que a veces pensemos: "Si hubiera vivido hace cien años, me hubiese librado de esto". Puede que la gente, a veces, nos diga: "Si vivieses en África, seguro que no tendrías esto". Y muchas frases más.

Pues no. Ni la cultura, ni el tiempo influyen en que una enfermedad exista o no, sólo hacen que se pueda tratar mejor o peor. Por eso, en ninguna época ni cultura distinta a la que tú tienes podrías estar mejor. O quizás sí. Pero... ¿y todo aquello que tienes ahora? Piensa. Seguro que hay algo de ti de lo que estás orgulloso. ¿Sólo algo? No, hay muchas cosas de ti de las que estás orgulloso. Has hecho muchas cosas, tanto buenas como malas, que no hubieses hecho en otro tiempo o cultura, y merece la pena haberlas hecho. Además, seguro que en otro tiempo o cultura no tendrías esas cosas que tienes ahora y que tanto te gustan... Hasta una simple canción, una película, un libro, un recuerdo, un amuleto, una sonrisa, unas palabras... hasta la cosa más pequeña que para ti haya significado mucho, no lo tendrías en otro tiempo o cultura.

Y, ahora, eres tú el que decide. Puede que se tenga más información sobre la anorexia, pero no una cura. La cura eres tú. Tú decides.

Si en el pasado hemos podido luchar contra animales, contra otros pueblos enemigos... ¿por qué no vamos a poder luchar contra esto? No necesitamos espadas, ni siquiera escudo. Nuestra única arma es ser constante en la continua lucha, y la única defensa, no rendirse jamás.

El ahora eres tú.



Ho Hi Tao y su yak

José Luis Ramos Pinilla

Aula Hospitalaria del H. Gregorio Marañón (Madrid)

Hi Tao era un chico tibetano cuyo padre se dedicaba al pastoreo. Se encarga de cuidar yaks, un tipo de animal muy común en esas latitudes. El chico nunca había sentido demasiado interés por el trabajo de su padre, hasta que asistió al parto de uno de estos animales. El chico se encariñó tanto con aquel animal, que pidió a su padre poder quedárselo. El padre aceptó y el niño se quedó con el animal. El animal fue creciendo poco a poco, a medida que el niño también lo hacía. Ambos se hicieron inseparables. Hacían todo juntos, comían, paseaban... Pasaban más tiempo juntos que con cualquier otra persona.

Cuando ambos crecieron, las tropas chinas entraron en el Tíbet, y Ho Hi Tao, huyó montado en su yak. Ambos, extasiados por el frío de las montañas del Himalaya, tuvieron que cobijarse al amparo de una cueva. Escondidos y asustados ante la voracidad de las tropas chinas, tuvieron que permanecer varios días escondidos y casi sin alimento.

Las tropas chinas los encontraron abrazados y casi helados y se los llevaron. Al chaval, como prisionero y al animal como ali-

mento para varios días. El chico, enjaulado, asistía horrorizado a los prolegómenos de la cena de su compañero. El animal se resistía pero no conseguía escapar.

El invierno se endurecía, y el monte se hacía cada vez más difícil. Decidieron parar y montar un campamento en un llano, y matar el yak para comer. El chaval intentó ayudar al animal, pero éste fue sacrificado y servido como alimento.

El chico se negó a comer a su amigo y a vestirse con sus pieles, aun a riesgo de morir de hambre o de hipotermia. La amistad y el cariño pudieron más que cualquier otra cosa, y prefirió morir de hambre y de frío a utilizar a su amigo como refugio o alimento.



Hospitales participantes en el IV Certamen de Relatos “En mi verso soy libre”

ANDALUCIA

Hospital Puerta del Mar de Cádiz

ASTURIAS

Hospital de Cabueñes (Gijón)

CATALUÑA

Hospital Parc Taulí de Sabadell

Hospital de Día Nou Barrís -Barcelona

Hospital Clínic de Barcelona

CANARIAS

Hospital Materno Infantil de las Palmas de Gran Canaria

CASTILLA- LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Complejo Asistencial Universitario de de Burgos

Complejo Asistencial Universitario de León

CASTILLA LA MANCHA

Hospital General de Ciudad Real

GALICIA

Complejo Hospitalario de Ourense

Complejo Hospitalario Universitario de Vigo de Vigo (Xeralk- Cíes)

MADRID

Hospital Niño Jesús de Madrid

Hospital Universitario de Fuenlabrada

Hospital Universitario Fundación de Alcorcón

Hospital Universitario Ramón y Cajal
Hospital General Universitario Gregorio Marañón
Hospital Universitario de Móstoles

MURCIA

Hospital General Universitario Virgen de la Arrixaca
Hospital General Universitario Morales Meseguer
Hospital Universitario Reina Sofía
Hospital Universitario Ntra. Sra. del Rosell
Servicio de Apoyo Educativo Domiciliario de la Consejería de Educación de la
Comunidad Autónoma de Murcia

PAÍS VASCO

Hospital de Santiago (Vitoria Gasteiz)

VALENCIA

Hospital La Fe

EN MI VERSO SOY LIBRE. RELATOS 2011 IV Certamen Nacional de Relatos

Este libro está compuesto por relatos presentados en el IV Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre", organizado por la Consejería de Educación, Formación y Empleo a través de la Dirección General de Promoción, Ordenación e Innovación Educativa, dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias y de Apoyo Domiciliario de nuestro país. Se trata de un proyecto que trasciende a las actividades de animación a la lectura y la escritura, persiguiendo conseguir que el niño o adolescente en esta situación pueda utilizar la

palabra como refugio y aprenda a disfrutar de la libertad que esta nos regala.

Los cuentos de la presente edición versan sobre las culturas del mundo. Muchos de los cuentos nos trasladan a escenarios de lejanos países y antiguas civilizaciones. Son relatos que nos invitan a reflexionar sobre la importancia de la convivencia entre diferentes pueblos y presentan el entorno hospitalario como un contexto donde los niños tienen la oportunidad de convivir con otros niños y niñas de diferentes culturas..

www.educarm.es/publicaciones



9